

GEORGIA EN MI MENTE

Charles Sheffield

1992

Alguien me recomendó esta historia diciendo: "Vos que estás en el mundo de las computadoras vas a disfrutarla muchísimo". Tenía razón. Además, aparecen en ella todos los elementos que pueden fascinar a un lector de CF. De manera que, como gran parte de los lectores de Axxón están, lo quieran no, en el mundo de la informática, y encima les gusta la CF, estamos seguros de que tenemos garantizado el éxito de este trabajo del escritor norteamericano Charles Sheffield.

La primera vez que me enredé con las computadoras digitales fue a finales de 1958. Tal vez les suene a la edad del oscurantismo, pero nosotros nos considerábamos infinitamente más avanzados que nuestros predecesores de la década anterior, cuando la mayor parte de la programación se hacía metiendo enchufes en tableros y cuando una calculadora programable secuenciada a tarjeta era considerada el colmo de la sofisticación.

Aun así, en el año 1958 estábamos tan atrasados que la discusión entre computadoras analógicas o digitales todavía no se había definido en forma decisiva en favor de las digitales. La primera computadora que programé era, según cualquier criterio, una bruta.

Se llamaba DEUCE, iniciales de Máquina Computadora Universal Electrónica Digital, y era, como les resultará razonable a los jugadores de naipes, la sucesora de la ACE (iniciales de Máquina Computadora Automática) desarrollada por el Laboratorio Nacional de Física de Teddington. A diferencia de ACE, DEUCE era una máquina comercial, y el comentario de uno de los diseñadores acerca de la propia ACE nos da una idea de sus posibles defectos: "Si hubiéramos sabido que iban a desarrollarla con fines comerciales, la habríamos terminado".

DEUCE era lo bastante grande como para meterse dentro. Los ingenieros lo hacían, para golpetear con un destornillador los tubos de vacío sospechosos, cuando la bestia se encaprichaba. Lo cual sucedía a menudo. Era tan común que los problemas se originaran en errores de la máquina como en errores de programación, y los errores de programación eran espantosamente frecuentes porque estábamos trabajando en un nivel tan cercano a la lógica básica de la máquina que sería imposible imaginárselo hoy en día.

Estaba a punto de decir que la máquina no tenía compiladores ni rutinas de ensamblador, pero no es estrictamente cierto. Había un compilador de punto flotante conocido como CODIGO-ALFA, pero funcionaba mil veces más

lentamente que los programas codificados de la máquina, y nadie que tuviera algo de dignidad lo utilizó jamás. Programábamos en absoluto, para darle el mejor uso posible a las 402 palabras de memoria de alta velocidad (línea de *delay* de mercurio) de la máquina, y a sus 8.192 palabras de memoria de *back-up* (tambor rotativo). Para cualquier cosa que necesitara más que eso, los programadores teníamos que usar tarjetas perforadas como medio de almacenaje intermedio e instalarnos junto a la máquina para sacar las tarjetas de la tolva de salida y volverlas a meter dentro de la tolva de entrada.

Si agrego que, normalmente, se obviaban las rutinas de conversión binario-a-decimal porque eran un desperdicio de espacio, y que todas las instrucciones se definían en binario, y que los programadores, por lo tanto, tenían que estar muy familiarizados con la representación binaria de los números, y que perforábamos las tarjetas con perforadores manuales (y no eléctricos), y que la máquina misma, por alguna razón que todavía me resulta oscura, trabajaba con números binarios cuyo dígito más significativo estaba a la *derecha* en vez de a la izquierda—de modo que el 13, por ejemplo, era 1011 y no el habitual 1101—, supongo que habré logrado comunicar en qué consistía, en general, el encanto de programar a DEUCE.

Bien, menciono estas cosas no porque sean interesantes (para muy pocos) o porque sean aburridas (para la mayoría), sino para dejar sentado que cualquiera que se dedicara a programar a DEUCE en aquellos lejanos días no era un individuo que debía tomarse a la ligera. Al menos eso pensábamos nosotros, aunque sospecho que para los altos directivos éramos unos niños con cerebro de liebre que hacíamos cosas incomprensibles, muchas de ellas en plena noche (cuando era más fácil disponer de tiempo para la búsqueda de errores).

Pocos años después hubo más disponibilidad de computadoras, ocurrió la inevitable diáspora y todos nos largamos a otros sitios interesantes. Algunos se encaminaron hacia los profesorado universitarios, otros hacia el comercio y muchos hacia el extranjero. Pero teníamos tendencia a mantenernos en contacto, porque aquellos viejos días habían generado un sentimiento especial.

Uno de los tipos más interesantes era Bill Rigley. Era un hombre alto, arrollador, de cabellera ondulada, que usaba trajes de *tweed* ingleses y que pronunciaba la "a" con ese sonido abierto que para la mayoría de los norteamericanos indica un origen bostoniano. Pero Bill era un neozelandés que había visto personalmente ciertas cosas, como el Arrecife de la Gran Barrera, que el resto de nosotros apenas conocíamos de oídas. No hablaba mucho de su hogar o su familia, pero debe haberlos extrañado, porque después de unos años en Europa y Estados Unidos regresó para asumir un cargo docente en el Departamento de Matemáticas (y luego en el Departamento de Computación, cuando finalmente lo crearon) de la Universidad de Auckland.

Auckland está en la Isla Norte de Nueva Zelanda, un poco menos remota que la más desierta Isla Sur, pero muy lejos de la Costa Este de los Estados Unidos donde yo eché raíces. Sin embargo, Bill y yo nos mantenemos en estrecho contacto, porque nuestros intereses científicos son muy similares. Nos vemos cada pocos años en Stanford, o en Londres, o en cualquier otro lugar

donde se intersecten nuestros caminos, y nos conocemos con una profundidad a la que muy poca gente puede llegar. Fue Bill quien me ayudó a sobrellevar la muerte de mi esposa, Eileen, y yo, a mi vez, soy el que conoce (pero nunca comento) el oscuro secreto que ha dejado una cicatriz en su vida. Sin importar cuánto tiempo estemos separados, cuando nos encontramos nuestras conversaciones continúan como si nunca las hubiéramos interrumpido.

Los intereses de Bill son enciclopédicos y siente un especial gusto por la historia de la

ciencia. De modo que no me sorprendió que al regresar a Nueva Zelanda se pusiera a husmear por allí, examinando sus contribuciones al mundo de la ciencia. Lo que sí me sorprendió fue una carta suya que recibí hace unos meses, donde afirmaba que en una granja cerca de Dunedin, hacia el extremo sur de la Isla Sur, se había topado con fragmentos y piezas de la Máquina Analítica de Charles Babbage.

Ya a finales de los '50 sabíamos todo lo que había que saber sobre Babbage. En ese momento había un solo libro decente sobre las computadoras digitales, *Más Rápido que el Pensamiento*, de Bowden, que en su primer capítulo relataba toda la historia de ese excéntrico pero formidable inglés, con su odio por los músicos callejeros y su desprecio por la Sociedad Real (que existía únicamente para organizar cenas, decía él, en donde se condecoraban unos a otros). A pesar de estos extraños puntos de vista, Babbage seguía siendo nuestro santo patrono. Desde 1834 y durante el resto de su vida intentó —sin éxito— construir la primera computadora digital programable del mundo. Entendía los principios perfectamente bien, pero se frustraba porque debía trabajar con piezas mecánicas. ¿Pueden imaginarse una computadora construida con levas, cilindros dentados, engranajes, resortes y palancas?

Babbage podía. Y podría haber tenido éxito, aun a pesar de lo inadecuado de la tecnología disponible, salvo por un problema fatal: constantemente se le ocurrían mejoras. Cuando tenía un proyecto a medio ensamblar le venían deseos de desarmarlo y de comenzar a usar las piezas para construir algo mejor. En el momento de la muerte de Babbage, en 1871, su maravillosa Máquina Analítica seguía siendo un sueño. Los fragmentos y piezas fueron transportados al Museo de Ciencias de Kensington, en Londres, donde se encuentran hoy.

Dada nuestra antigua exposición a Babbage, mi reacción ante la carta de Bill Rigley fue de puro escepticismo. Era comprensible que Bill *quisiera* encontrar evidencias de piezas de la Máquina Analítica en algún lugar de su pedregoso suelo natal, pero proclamar que las había hallado era, seguramente, un autoengaño.

Le respondí, sugiriéndoselo con el mayor tacto que pude, y recibí en pronta respuesta no una retractación, sino el paquete de documentos más extraordinario que he visto en mi vida (o mejor dicho, hasta ese momento, porque luego vendrían cosas más extrañas).

Lo primero era una carta de Bill, explicándome con su habitual estilo directo que la maquinaria que había encontrado había sobrevivido en la Isla Sur de Nueva Zelanda porque "nosotros no tiramos a la basura las cosas que sirven, como hacen ustedes". También señalaba, con decenas de ejemplos, que en el siglo diecinueve había mucho más contacto entre Gran Bretaña y sus antípodas de lo que yo jamás había soñado. Era común entre las personas educadas visitar Australia y Nueva Zelanda, en una especie de versión expandida del Gran Viaje por Europa. Charles Darwin había sido, por supuesto, uno de esos visitantes, a bordo del *Beagle*, pero también había registros donde figuraban otros científicos menos conocidos, viajeros por el mundo y caballeros de clase acomodada. Dos de los hijos de Charles Babbage habían estado allí en la década de 1850.

Lo segundo del paquete era un juego de fotografías de la maquinaria que Bill había encontrado. Me pareció lo que era: un puñado de cilindros dentados, engranajes y ruedas. Por cierto que se asemejaban a las piezas de la Máquina Analítica, o de la más antigua Máquina de Diferencias, aunque no me daba cuenta de cómo podrían armarse.

Ni la carta ni las fotografías fueron persuasivas. Más bien lo contrario. Comencé a escribir mentalmente la carta que se lo dijera, aunque vacilé por una razón: muchos historiadores de la ciencia saben mucho más de historia que de ciencia, y muy pocos son experimentados especialistas en computación. Pero Bill era todo lo contrario: era el experto en computadoras que coincidentemente estaba fascinado con la historia de la ciencia. Sería terriblemente difícil engañarlo... a menos que eligiera engañarse a sí mismo..

Así que me tocaba escribir otra carta difícil. Pero me ahorré la molestia, porque el tercer elemento del paquete era algo que no pude desechar ni malinterpretar. Era una copia de un manual de programación, escrito a mano, para la Máquina Analítica de Babbage. Estaba fechado el 7 de julio de 1854. Bill decía que estaba en posesión del original. Y también me decía que yo era la única persona que sabía del descubrimiento y me pedía que no lo comentara con nadie.

Y aquí, para explicar mi perplejidad, debo sumergirme nuevamente en la historia de las computadoras. No meramente en las postrimerías de la década del '50, cuando comenzamos nosotros, sino retrocediendo hasta 1840. En ese año un matemático italiano, Luigi Federico Menabrea, escuchó a Babbage, en Turin, hablar de la nueva máquina que estaba construyendo. Después de otras explicaciones que Babbage le envió por carta, Menabrea escribió un artículo sobre la Máquina Analítica, en francés, que fue publicado en 1842. Y a finales de ese año, Ada Lovelace (la hija de Lord Byron, Lady Augusta Ada Byron Lovelace, para dar su nombre completo) tradujo el informe de Menabrea, agregándole largas notas al pie. Esas notas constituyen el primer manual de *software* del mundo: Ada Lovelace describía cómo programar la Máquina Analítica, incluyendo las triquiñuelas de la reiteración, el lazo y la ramificación.

Así las cosas, doce años antes de 1854 ya existía un manual de programación para la Máquina Analítica, por lo que se podría argumentar que

lo que Bill había encontrado en Nueva Zelanda no era más que una copia del manual escrito por Ada Lovelace en 1842.

Pero había problemas. El documento que Bill me había enviado iba mucho más allá que las notas de 1842. Abordaba los difíciles temas de las órdenes indirectas y los programas y subrutinas relocalizables, y ofrecía un nuevo lenguaje de programación para la Máquina Analítica... lo que, sumado, resultaba ser un programa ensamblador primitivo.

Ada Lovelace pudo haber tenido esas ideas tan avanzadas y pudo haber escrito ese manual. Es posible que haya contado con el talento necesario, aunque se ha perdido todo rastro de sus anotaciones matemáticas. Pero murió en 1852, y no existen evidencias en ninguno de sus trabajos sobrevivientes de que llegara jamás a hacer pública la sorprendente metodología definida en el documento que recibí de Bill. Además, el manual mostraba, en su primera página, las iniciales del autor: L.D. En sus trabajos publicados, Ada Lovelace había usado sus verdaderas iniciales, A.A.L.

Leí el manual una y otra vez, particularmente la porción final. Contenía un programa de muestra para la computación del volumen de un sólido irregular por integración numérica... e incluía una página de salida, con los resultados impresos del programa.

En ese punto, reconocí sólo tres posibilidades. Primera, que alguien, en los últimos años, había plantado cuidadosamente, cerca de Dunedin, una falsificación deliberada, para luego guiar a Bill Rigley a "descubrirla". Segunda, que el propio Bill estaba intentando jugar una elaborada broma pesada, por razones que yo no podía desentrañar.

Estas dos explicaciones resultaban problemáticas. Bill era quizás el investigador más cauteloso, cabal y conservador que yo había conocido. Era concienzudo al extremo y no era fácil de engañar. También era el último hombre del mundo al que se le ocurriría que hacer una broma pudiera resultar divertido en modo alguno.

Lo cual me dejaba con la tercera posibilidad. Alguien, en Nueva Zelanda, había construido una versión de la Máquina Analítica, la había hecho funcionar, y había llegado más allá del punto en que Charles Babbage la había dejado.

La llamo la tercera posibilidad, pero en ese momento me parecía más la tercera *imposibilidad*. Con razón Bill había pedido que mantuviera el secreto. No quería convertirse en el hazmerreír de los historiadores de la computación.

Yo tampoco. Recurrí a un acto que era poco usual en mi relación con Bill: levanté el teléfono y lo llamé a Nueva Zelanda.

—Bueno, ¿qué piensas? —dijo, apenas reconoció mi voz.

—Tengo miedo de pensar. ¿Cuántas verificaciones has hecho?

—Envié muestras del papel a cinco lugares, uno en Japón, dos en Europa y dos en los Estados Unidos. Las fechas asignadas al papel y a la tinta van

desde 1840 hasta 1875, 1850 como promedio. La maquinaria que encontré estaba protegida, envuelta en sacos embebidos en aceite de lino que datan de 1830 a 1880. —Hubo una pausa del otro lado de la línea—. Hay más. Cosas que no tenía hasta hace dos semanas.

—Dime.

—Prefiero no hacerlo. Así no. —Hubo otro silencio, más largo—. Vas a venir, ¿verdad?

—¿Por qué crees que te llamé? ¿A dónde debo volar?

—A Christchurch, Isla Sur. Luego iremos más al sur, pasando Dunedin. Trae ropa abrigada. Aquí es invierno.

—Lo sé. Te llamaré ni bien tenga el horario de llegada.

Y ese fue el principio.

El ondulado estropajo de cabello rubio se le había vuelto gris y ahora Bill Rigley lucía una barba entrecana que, junto con su rostro curtido, lo convertía en una aproximación

del prototipo del anciano marinero. Pero no había cambiado en nada más, a excepción, tal vez, de la extraña ansiedad de su mirada.

Ya en el aeropuerto de Christchurch, no nos dimos un apretón de manos ni intercambiamos palabras de salutación convencionales. Bill dijo, apenas nos acercamos lo suficiente como para hablarnos:

—Si esto no me estuviera sucediendo a mí, insistiría en que no es posible que le suceda a nadie —y luego me llevó hasta su auto.

Bill había nacido en la Isla Sur, de modo que el largo trayecto entre Christchurch y Dunedin recorría su territorio de origen. Yo, con ese extraño pero agradable aturdimiento que sobreviene después de un largo viaje aéreo —después de haber bajado del avión y antes de que nos ataque la sensación de desfase—, miraba fijamente el paisaje desde lo que consideraba el asiento del conductor (allí siguen conduciendo a la izquierda, como los británicos).

Cruzamos las llanuras de Canterbury Plains por una carretera recta que atravesaba una plana extensión vacía de campos lodosos. Habían pasado casi tres meses de la cosecha —trigo o cebada, por el aspecto de los rastrojos— y no hubo mucho que ver hasta llegar a Timaru, donde tomamos la carretera de la costa: un opaco mar gris a la izquierda y la vacía planicie parda de la costa a la derecha. Yo había visitado la Isla Sur una vez, pero en un viaje relámpago que apenas consistió en algo más que una excursión por Christchurch. Ahora, por primera vez, comenzaba a comprender los rezongos de Bill acerca de la "superpoblada" Auckland, en la Isla Norte. Se veían autos y gente, pero eran apenas una pálida pizca de lo que yo estaba acostumbrado a ver. Hacia el final de la tarde, y a medida que fuimos avanzando hacia el sur, comenzó a hacer

más frío y a llover. El mar desapareció de la vista detrás de una cortina de niebla y llovizna.

Desde el momento en que subimos al auto habíamos estado hablando de naderías. Era una charla diseñada para evitar la charla, y ambos lo sabíamos. Pero finalmente, después de unos segundos en los que los únicos sonidos fueron los del motor y el *fump-fump-fump* de los limpiaparabrisas, Bill dijo:

—Me alegro de que estés aquí. En las últimas semanas hubo veces en que me pregunté

seriamente si no estaría perdiendo la chaveta. Esto es lo que quiero hacer. Mañana por la mañana, después de que hayas dormido bien, voy a mostrarte *todo*, igual que yo lo encontré. Casi todo estará *en el mismo lugar* en que yo lo encontré. Y después quiero que me digas qué crees que está pasando.

Asentí. —¿Qué población tiene Nueva Zelanda?

Sin volver la cabeza, vi el rápido vistazo que me echó Bill. —¿En total? Cuatro millones, como máximo.

—¿Y cuántos eran en 1850?

—Esa sí que es una buena pregunta. No sé si alguien podrá decírtelo con seguridad. Diría que un par de cientos de miles. Pero la vasta mayoría eran nativos maoríes. Sé a lo que apuntas, y estoy totalmente de acuerdo. No puede haberse construido una versión de la Máquina Analítica en Nueva Zelanda a mediados del siglo pasado, de ninguna manera. Por el solo hecho de que aquí no existían industrias manufactureras. El montaje final se podía hacer, pero las subunidades tendrían que haberse construido en Europa y enviado en grandes porciones.

—¿Por parte de Babbage?

—Absolutamente no. En 1854 aún vivía; murió recién en 1871. Y si se hubiera enterado de que estaban construyendo una versión de la Máquina Analítica *en cualquier sitio*, habría hablado de ello sin parar, por toda Europa.

—Pero si no fue Babbage...

—¿Entonces quién fue? Lo sé. Ten paciencia unas horas más. No trates de pensarlo hasta haber descansado y haber tenido oportunidad de ver todo personalmente.

Tenía razón. Había estado viajando ininterrumpidamente durante veinticuatro horas y mi cerebro estaba en huelga. Me levanté el cuello del sobretodo hasta las orejas y me hundí en el asiento. En los últimos días había absorbido la mayor cantidad de información sobre Babbage y la Máquina Analítica que mi cabeza podía manejar. Ahora necesitaba dejar que esa información se clasificara sola, junto con lo que Bill iba a mostrarme. Entonces veríamos si se me ocurría alguna explicación más plausible para lo que él había descubierto.

Mientras me sumergía en la semiinconsciencia tuve un pantallazo del mayor enigma de todos. Hasta ese momento me había estado repitiendo, subconscientemente, que Bill estaba equivocado de plano. Era mi forma de evitar las consecuencias lógicas de que estuviera en lo *cierto*. Pero supongamos que *sí* estuviera en lo cierto. Entonces el mayor

enigma de todos no era la aparición de la Máquina Analítica, con sus avanzadas herramientas de programación, en Nueva Zelanda, sino la desaparición de esos elementos de la faz de la Tierra.

¿Dónde diablos se habían metido?

Nuestro destino era una granja a unos veinticuatro kilómetros al sur de Dunedin. No vi demasiado cuando llegamos, porque llovía y era noche cerrada y yo estaba tres cuartos dormido. Si tuve algún pensamiento mientras me llevaban a una habitación pequeña y estrecha y me desplomaba en la cama, fue que por la mañana temprano, a la luz del sol, Bill me mostraría todo y mi perplejidad llegaría a su fin.

No resultó así. Por empezar, me quedé dormido, y cuando me levanté me sentía terriblemente mal. Había olvidado lo que un viaje largo e insomne puede hacer con nuestro sistema. Durante los últimos cinco años había estado viajando cada vez menos y

eso me había ablandado. En segundo lugar, durante la noche la lluvia se había convertido en aguanieve y ahora caía con furia en ráfagas heladas. El viento soplaba fuertemente desde el este, desde el mar. Bill y yo nos sentamos a la estropeada mesa de madera de la cocina y la Sra. Trevelyan me embutió con tocino, huevos, salchicha casera, pan y un dulce té caliente hasta que di señales de vida. Era una mujer activa, de mejillas rojas y sesenta y tantos años, y si estaba sorprendida de que Bill hubiese traído consigo a otra persona para explorar la Casa Chica, lo ocultaba.

—Bueno —dijo ella cuando estuve repleto—. Si van a subir a la colina necesitarán impermeables. Jim se puso uno al salir, pero tenemos muchos más.

Aparentemente, Jim Trevelyan estaba afuera, en alguna parte, atendiendo a los animales de la granja, desde el amanecer. Bill sonrió sádicamente al ver la expresión de mi cara.

—¿No querrás que un poco de lluvia nos atrase el trabajo, verdad?

Yo quería volver a la cama. Pero no había viajado dieciséis mil kilómetros para echarme a descansar. "Subir la colina" hasta la Casa Chica resultó ser un ascenso de ochocientos metros, chapoteando en el barro cubierto por una delgada capa de césped aplastado.

—¿Cómo hiciste para encontrar este lugar? —le pregunté a Bill.

—Preguntando y mirando. He estado en mil sitios como este sin encontrar nada.

Estábamos acercándonos a una casa cuadrada, sólidamente construida con bloques de piedra caliza y argamasa. Tenía un aspecto desgastado, pero el techo y la chimenea de pizarra estaban intactos. No me pareció mucho más pequeña que la casa principal.

—No se llama "Casa Chica" porque sea *chica* —me explicó Bill—. Es la Casa Chica porque se supone que aquí vienen a vivir los chicos cuando se casan. Estás ante una tragedia del siglo veinte. Jim y Annie Trevelyan son granjeros de cuarta generación. Tienen cinco hijos. Todos se marcharon a la universidad y ninguno regresó para vivir en la Casa Chica, a la espera de que les llegue el turno de manejar la granja. Jim y Annie permanecen en la Casa Grande, aguardando y conservando la esperanza.

Cuando entramos, vi que la pesada puerta de madera se ajustaba perfectamente a su abertura y que se movía con facilidad en sus bisagras aceitadas.

—Jim Trevelyan mantiene este lugar en buenas condiciones; creo que están contentos de tenerme aquí, porque confiero a la casa la sensación de estar habitada —dijo Bill—. Sospecho que piensan que estoy más loco que una cabra, pero nunca dicen nada. Sosténme esto mientras me organizo.

Llevaba un farol. Cuando me lo pasó, quedé azorado por lo pesado que era... y porque Bill lo había cargado durante el trayecto de ochocientos metros.

—Baterías, en su mayor parte —me explicó Bill—. La Casa Chica tiene lámparas de aceite, pero no electricidad, por supuesto. Después de uno o dos años de vagar por estos sitios apartados decidí que no tenía sentido viajar trescientos kilómetros para ver algo si después, cuando llegaba, no podía ver ese algo. Esto puede recargarse en el auto si es necesario.

El sonido del viento se redujo a nada cuando Bill cerró la puerta. Atravesamos un lavadero y entramos en la cocina amueblada con sólidas sillas, mesa y aparador de madera. El cuarto estaba helado y yo lancé una anhelante mirada hacia el cajón con carbón y la leña seca que había junto al hogar.

—Enciéndelo —dijo Bill— mientras yo acomodo nuestras cosas. Pero déjate el abrigo puesto. Ya podrás sentarte y tostarte más tarde.

Encendió dos grandes lámparas de aceite que estaban sobre la mesa, mientras yo colocaba capas de papel enrollado, ramas y pequeños trozos de carbón en la parrilla del hogar. Habían pasado treinta años desde la última vez que había encendido una fogata con carbón, pero no era ninguna ciencia. En un par de minutos pude ponerme de pie y, vigilando el fuego para asegurarme de que estaba encendiendo como correspondía, dedicarme a observar mejor la habitación. No había alfombras, pero junto a la puerta que conducía a los

dormitorios había una larga estera de fibra de coco. Bill la enrolló, revelando una puerta trampa cuadrada, de madera. Pasó su cinturón por la argolla de hierro y jaló, gruñendo con el esfuerzo, hasta que la puerta finalmente se aflojó y se deslizó hacia arriba sobre sus goznes de bronce.

—Es un sótano para almacenaje —dijo—. Ahora necesitaremos el farol. Enciéndelo y alcánzame.

Se sumergió en la oscuridad, pero no fue muy lejos: cuando estuvo de pie en la superficie de abajo aún podía vérselo el pecho y la cabeza. Encendí el farol eléctrico y se lo entregué a Bill.

—Un segundo —dije. Fui hacia el hogar, agregué media docena de los carbones más grandes, y luego me apresuré a volver junto a la puerta trampa. Bill ya había desaparecido cuando me introduje en la abertura.

El sótano de almacenaje era alto hasta la cintura, con piso de tierra dura. Seguí la luz del farol hasta el fondo, donde, a unos centímetros del suelo, se elevaba una plataforma de madera, apoyada sobre gruesos tablones. Sobre esa superficie elevada había tres grandes cajones de té. El farol arrojaba una luz constante y poderosa sobre ellos.

—Te dije que verías exactamente lo que yo vi —dijo Bill—. Estos ya fueron retirados y examinados, por supuesto, pero todo está prácticamente igual a como estaba cuando lo

encontré. Bueno, primero el *hardware*.

Levantó cuidadosamente la tapa del cajón de la derecha. Estaba lleno hasta la mitad de bolsas viejas. Bill levantó una, la desplegó y me entregó su contenido. En mis manos había un cilindro de metal sólido, ligeramente aceitado y aparentemente de bronce. Alrededor de la parte superior estaban inscriptos los dígitos del 0 al 9, y en el extremo inferior había una rueda dentada de tamaño levemente mayor.

Lo examiné con cuidado, tomándome mi tiempo. —Podría ser —dije—. Es como el que se ve en las figuras, por cierto.

No hacía falta que mencionara de cuáles figuras se trataba. Bill sabía que, en las últimas semanas, yo había estado pensando en muy pocas cosas que no fueran Charles Babbage y su Máquina Analítica, igual que él.

—Creo que no está hecho en Inglaterra —dijo Bill—. Lo he revisado completamente con una lupa y no se ven marcas de fabricación. Deduzco que está hecho en Francia.

—¿Por alguna razón en particular?

—Los números. Son del mismo estilo que los de algunos de los mejores relojeros franceses... ya ves, yo también estuve trabajando. —Tomó el cilindro y lo envolvió nuevamente, con infinito cuidado, con la bolsa aceitada.

Eché una mirada a nuestro alrededor, desde el piso de tierra hasta las vigas polvorientas.

—Este no es el mejor lugar para guardar objetos valiosos.

—Funcionó muy bien durante 140 años. Creo que no puedes decir lo mismo de muchos otros lugares. —Había algo más que Bill no necesitaba mencionar: este era un lugar perfecto para guardar objetos valiosos... siempre y cuando nadie considerara que tenían algún valor—. De ningún modo hay piezas suficientes para hacer una Máquina Analítica, desde luego —continuó—. Estos deben haber sido simples repuestos. Llevé algunos a Auckland. El manual de programación original tampoco está aquí. También está en Auckland, encerrado en una caja fuerte de la Universidad. Traje una copia, por si la necesitamos.

—Yo también. —Nos sonreímos. Debajo de mi calma, estaba casi demasiado entusiasmado para hablar, y advertí que él sentía lo mismo—. ¿Tienes alguna pista de quién puede ser el "L.D." de la portada?

—Ni un atisbo. —La tapa del primer cajón ya estaba otra vez cerrada y Bill estaba levantando la del segundo—. Pero tengo otro misterio de L.D. para ti. Lo que viene ahora.

Se había puesto unos finos guantes y ahora abría, con mucho cuidado, una manchada carpeta de cartulina que estaba atada con una cinta, como un expediente legal. Cuando estuvo desatada la puso sobre la tapa del tercer cajón.

—Preferiría que no tocaras esto —dijo—. Puede que sea muy frágil. Dime cuando quieras ver la página siguiente. Y aquí tienes una lupa.

Eran dibujos. Uno por hoja, hechos con pluma de punta fina. Y no tenían absolutamente nada que ver con Charles Babbage, ni con los manuales de programación, ni con las Máquinas Analíticas. Lo que sí tenían, tan pequeñas que al principio tuve que hacer un esfuerzo por verlas y luego usar la lupa, eran unas diminutas y prolijas iniciales

"L.D." en la esquina superior derecha de cada una de las páginas.

Eran dibujos de *animales*, la clase de animales de muchas patas que andan correteando en los charcos o que se esconden en la corteza podrida de un árbol. O mejor dicho, como advertí en un examen más detallado, las hojas de la carpeta tenían dibujos de un solo animal, visto de arriba, de abajo y de los costados.

—¿Y bien? —dijo Bill, expectante.

Pero yo estaba nuevamente examinando la diminuta firma del dibujante. — No es el mismo ¿verdad? Es un "L.D." diferente al del manual de software.

—Eres mucho más agudo que yo —dijo Bill—. Tuve que mirar cincuenta veces antes de darme cuenta. Pero estoy completamente de acuerdo. La "L" es diferente, y también la "D". ¿Y qué dices del animal?

—Nunca vi nada parecido. Hermosos dibujos, pero no soy zoólogo. Deberías fotografiarlos y llevarlos a tu Departamento de Biología.

—Lo hice. No conoces a Ray Weddle, pero es lo máximo. Dice que deben ser simples dibujos, cosas inventadas, porque no hay animales que se les parezcan y nunca los hubo. —Cuidadosamente, volvió a atar la carpeta y a colocarla en el cajón—. Tengo fotografías de los dibujos, también, pero quería que vieras los originales, exactamente igual a como los vi yo por primera vez. Volveremos a revisarlos, pero mientras tanto... pasemos a la próxima atracción.

Estaba junto al tercer cajón; sacó más piezas de maquinaria envueltas, luego una gruesa capa de paja, y ahora le temblaban las manos. Yo detestaba tener que imaginarme cuánto debía haber sudado y agonizado Bill ante todo esto, antes de poder contárselo a alguien. La compulsión a hacer público semejante descubrimiento debía de ser abrumadora, pero el miedo a ser calificado con escarnio como integrante del grupo marginal de los científicos lunáticos debía de tener la misma fuerza.

Si lo que me había presentado hasta ahora era complejo y desconcertante, lo que vino después era tan simple que casi daba risa... si era genuino. Bill estaba levantando, con gran esfuerzo, una barra de alrededor de quince centímetros por cinco centímetros por siete. Refulgía hipnóticamente bajo la luz del farol.

—Así es —dijo, en respuesta a mi expresión azorada—. Oro sólido, de veinticuatro quilates. Hay trece más de estas.

—Pero los Trevelyan, y la gente que manejó la granja antes que ellos...

—Nadie se molestó en mirar. Las barras estaban ocultas en el fondo del cajón, debajo de las piezas de la Máquina Analítica y de las bolsas viejas. Creo que nadie llegó a pasar la capa superior hasta que vine yo—. Me sonrió—. ¿Tentado? Si tuviera veinte años menos, tomaría el dinero y escaparía.

—¿Cuánto vale?

—Lo que vale el oro en nuestros días. ¿En moneda norteamericana?

—Sólo Dios sabe. ¿Trescientos cincuenta dólares la onza, quizás?

—Tú eres el chico maravilla de los cálculos, no yo. Así que usa la aritmética. Catorce barras que pesan veinticinco libras cada una... uso el Avoirdupois, no el Troy, aunque sea oro.

—Uno punto noventa y seis millones. Digamos dos millones de dólares en números redondos. ¿Cuánto hace que está aquí?

—¿Quién sabe? Pero puesto que estaba *debajo* de los repuestos de la Máquina Analítica, diría que se encuentra allí desde hace tanto tiempo como lo demás.

—¿A quién pertenece?

—Si les preguntas a los del gobierno, de seguro dirán que a ellos. Si me preguntas a mí, es de quien lo encontró. Mío. Y ahora, quizás mío y tuyo. —Sonrió, diabólico, a la luz del farol—. ¿Listo para la próxima atracción?

No estaba listo. —Que alguien traiga una fortuna en oro hasta aquí y sencillamente la

abandone...

Bajo su impermeable, Bill tenía puesta una vieja chaqueta deportiva y pantalones tejanos. Poseía, por lo que yo sabía, tres trajes, ninguno de ellos de menos de diez años de edad. Sus vicios eran la cerveza, los viajes a museos y unos cuatro cigarros por año. No podía imaginármelo como el Hombre de los Dos Millones de Dólares, ni creía que él mismo pudiera imaginarse así. Sus próximas palabras me lo confirmaron.

—En lo que a mí respecta —dijo—, todo esto pertenece a los Trevelyan. Pero tendré que explicarles que el oro puede ser lo menos valioso de este sitio. —Estaba de nuevo junto al segundo cajón, el que contenía los dibujos, y le temblaban las manos de nuevo—. Esto es lo que *realmente* quería que vieras —continuó con voz ronca—. No he tenido oportunidad de hacer que determinen su fecha de origen, pero apuesto a que son todos genuinos. Puedes tocarlos, pero con suavidad.

Tenía en las manos tres delgados volúmenes, grandes como libros de contabilidad. Eran de unos cincuenta centímetros por veinticinco cada uno, y estaban encuadernados con un lustroso material negro que parecía cuero delgado y áspero. Tomé el de más arriba cuando Bill me lo ofreció y lo abrí.

Vi prolijas tablas de números, columna tras columna de ellos. Definitivamente, no eran el producto de Máquina Analítica alguna, porque estaban escritos a mano y tenían ocasionales tachaduras y correcciones.

Fui pasando las páginas. Números. Nada más: ni notas, ni firma. Todas las páginas fechadas. Todas en octubre de 1855. La letra era la misma que la del manual de programación.

El segundo libro no tenía fechas. Comprendía una serie de dibujos, exquisitamente detallados, de máquinas con levas y engranajes elaboradamente entrelazados. Había textos, en forma de sucintas notas y dimensiones explicativas, pero escritos por una mano desconocida.

—Te ahorraré el esfuerzo —dijo Bill cuando hice gesto de tomar la lupa—. Esto, definitivamente, no lo hizo L.D. Son copias exactas de algunos de los planos del propio Babbage para sus máquinas calculadoras. Si quieres, te enseñaré otras reproducciones que están en Auckland, pero como te darás

cuenta estas no son *fotografías*. No sé qué proceso de copia usaron. Deduzco que todo esto fue depositado aquí al mismo tiempo...

cuando sea que haya sido..

No quería aceptar la palabra de Bill. Después de todo, yo había venido a Nueva Zelanda para llevar a cabo una verificación independiente de sus ideas. Pero cinco minutos fueron suficientes para obligarme a estar de acuerdo, por el momento, con lo que me decía.

—Me gustaría llevarme este y los otros libros a la cocina —dije, devolviéndole el volu-

men—. Quiero echarles una buena mirada.

—Por supuesto —asintió Bill—. Eso es exactamente lo que esperaba. Les dije a los Trevelyan que tal vez nos quedaríamos en la Casa Chica durante una semana. Podemos cocinar nuestra comida, o Annie dice que estará más que feliz de recibirnos para comer. Creo que le gusta estar acompañada.

Yo no estaba seguro. No soy elitista, pero lo que pensaba era que, muy probablemente, la conversación entre Bill y yo durante los próximos días iba a resultar incomprensible para Annie Trevelyan o para casi cualquier persona.

Estiré la mano para tomar el tercer libro. Era todo texto, escrito a mano, sin un solo dibujo. Parecían ser una serie de cartas, una tras otra, escritas con el libro puesto de lado para disponer de una zona de escritura de veinticinco centímetros de ancho por cincuenta de altura. Las cartas no estaban separadas en párrafos. La letra era hermosa y uniforme y pertenecía a una mano diferente de la que había escrito las tablas numéricas del primer libro; un espacio de exactamente un centímetro y medio separaba el final de cada carta y el comienzo de la siguiente.

La primera estaba fechada el 12 de octubre de 1850. Comenzaba:

Mi fiel J.G.: Los nativos continúan evidenciando una naturaleza tan amigable y atenta como se podría desear, aunque, desgraciadamente, siguen aferrados a su paganismo. A medida que aumenta nuestra habilidad para entenderlos, vamos enterándonos de que su dispersión es mucho más amplia de lo que sospechábamos al principio. Ya te he mencionado con anterioridad las islas del norte, que van desde Taheete hasta Raratonga. Sin embargo, parece que también hubo una migración del pueblo maorí hacia el sur, hacia tierras muy lejanas. Me pregunto si habrán extendido sus asentamientos hasta el gran Continente del Sur explorado por James Cook, y más recientemente por el Capitán Ross. Yo mismo estoy contemplando la posibilidad de hacer un viaje a una isla más austral, con asistencia de los nativos. Verdaderamente, toda una vida de trabajo nos espera. Los dos sentimos que, a pesar de la ausencia de bienamados amigos como tú, Europa y las finanzas son "un mundo que valió la pena perder". Louisa se ha recuperado por completo de la dolencia que tanto me preocupó hace dos años, y debo creer que la razón principal de esa mejoría es el fortalecimiento de su espíritu. Ha reanudado sus trabajos

científicos, más productivamente, creo, que nunca. Mis propios esfuerzos en cuanto a las ciencias biológicas demuestran ser cada vez más fascinantes. Cuando vuelvas a escribir, cuéntanos, te lo ruego, no sobre los acontecimientos sociales o políticos transitorios de Londres, sino sobre los progresos de la ciencia. Es en esta área en la que L. y yo estamos más ávidos de nuevos conocimientos. Con afecto y asegurándote que estás constantemente presente en nuestros pensamientos y conversaciones,

L.D.

La siguiente carta era del 14 de diciembre de 1850. Dos meses después de la primera. ¿Era tiempo suficiente para que una carta llegara a Inglaterra y se recibiera la respuesta? Las iniciales al pie eran, nuevamente, L.D.

Fui hasta el final del libro. Las últimas veinte páginas, más o menos, estaban en blanco, y en los últimos textos la letra hermosa y pareja había degenerado hasta transformarse en apresuradas y desprolijas garrapateadas. La última fecha que observé era de octubre de 1855.

Bill me contemplaba con atención. —¿Es el único libro de cartas? —dije.

Asintió. —Pero eso no significa que se hayan acabado. Sólo que nosotros no las tenemos.

—Si no se acabaron ¿por qué dejar las últimas páginas en blanco? Volvamos arriba. Con los libros.

Yo quería leer las cartas una por una y examinar todas las páginas. Pero si intentaba hacerlo en el helado sótano bajo la cocina pescaría una pulmonía antes de haber terminado. Ya estaba comenzando a tener escalofríos.

—¿Primeras impresiones? —me preguntó Bill mientras colocaba cuidadosamente los tres libros sobre la mesa y regresaba a cerrar la puerta trampa y a volver a tender la estera de fibra de coco—. Sé que no has tenido oportunidad de leer, pero estoy ansioso por enterarme de lo que estás pensando.

Acerqué un par de sillas al hogar. La fogata llameaba y el frío había desaparecido del

cuarto.

—Hay dos L.D. —dije—. ¿Marido y mujer?

—Estoy de acuerdo. O tal vez hermanos.

—Uno de ellos, la mujer, escribió el manual de programación para la Máquina Analítica. El otro, el hombre, si es que es un hombre, porque no podemos estar seguros, hizo los dibujos de animales y escribió las cartas. Guardó copias de las que envió a Europa, en el tercer libro. No hay señal de las que recibió en respuesta, supongo.

—Ahora ya has visto todo lo que yo vi. —Bill se inclinó hacia adelante y acercó al fuego

sus manos heladas—. Por las cartas, yo sabía que eran dos personas. Pero no pude establecer de inmediato la división de tareas, como acabas de hacerlo tú. Creo que tienes razón, sin embargo. ¿Algo más?

—Dame una oportunidad. Necesito leer. —Tomé de la mesa el tercer libro, el de las cartas, y regresé junto al fuego—. Pero me parece que eran misioneros.

—Misioneros y científicos. La vieja combinación del siglo diecinueve. —Bill me observó

leer durante dos minutos, y luego volvió a dominarlo el impulso de levantarse y hacer algo, o de interrumpirme con más preguntas. El deseo de hablar lo quemaba por dentro, mientras que, al mismo tiempo, no deseaba impedir mi tarea.

—Vuelvo a la Casa Grande —dijo abruptamente—. ¿Le digo a Annie que iremos a almorzar tarde?

Pensé en la vieja casa, generación tras generación de vidas e hijos. Ahora sólo quedaban dos ancianos y un futuro vacío. Asentí. —Si empiezo a hablar con ellos de esto, por favor deténme.

—Lo haré. Si puedo. Y si no soy yo el que se pone a hablarles del tema. — Se abotonó el

impermeable y atravesó el umbral—. En cuanto al oro...cuando lo hallé por primera vez,

pensé en decírselo a Jim y a Annie, porque de seguro les corresponde a ellos reclamarlo,

legalmente hablando. Pero me resultaría odioso que sus hijos regresaran a casa apresuradamente por el motivo equivocado. Apreciaría mucho que me aconsejaras cuál sería el momento oportuno para comunicárselos. Detesto hacer el papel de Dios.

—Y entonces quieres que lo haga yo. Dime una cosa. ¿Cuál podría ser el motivo que los

hizo venir a la Isla Sur en la década de 1850, *en secreto*, y nunca comentar con nadie lo que estaban haciendo? Eso es lo que estamos suponiendo.

—Me siento tentado a decir que tal vez encontraron piezas de una Máquina Analítica, una máquina que permaneció aquí, intacta, durante un siglo y medio. Pero, para mi gusto, resultaría demasiado repetitivo. Y sí que dijeron lo que estaban haciendo. Lee las cartas.

Y luego se fue, y yo me quedé sentado frente al tibio fuego. Me cociné cómodamente dentro de mis pantalones y zapatos mojados, y leí. Muy pronto, el calor y las palabras me transportaron a 140 años en el pasado, a medida que avanzaba sistemáticamente en la lectura de los textos del libro.

La mayoría de las cartas trataban sobre asuntos religiosos o de negocios, e iban dirigidas a amigos de Inglaterra, Francia e Irlanda. Las personas se identificaban sólo con iniciales. Resultaba obvio que la L.D. mujer había llevado una activa correspondencia propia que no estaba registrada en este libro. Ciertas referencias circunstanciales en cuanto al gasto de grandes sumas de dinero hacían que el descubrimiento de las barras de oro por parte de Bill resultara mucho menos sorprendente. Los L.D., quienquiera que fueran, tenían una gran fortuna en Europa. No habían viajado a Nueva Zelanda por problemas financieros en su lugar de origen.

Pero no toda la correspondencia hablaba de los asuntos mundanos que habían quedado en Inglaterra. Entremezcladas con la charla normal entre amigos, había sorpresas tan repentinas e impredecibles como un rayo cayendo de un cielo despejado. La primera era una nota breve, fechada en enero de 1851:

Mi fiel J.G.: Por intermedio de A.v.H., L. se ha enterado de que C.B. desespera de poder llevar a término su grandioso proyecto. En sus propias palabras, "No existe probabilidad de que la máquina pueda construirse mientras yo viva e incluso tengo dudas de cómo disponer de los dibujos después de mi fallecimiento". Es una gran tragedia, y L. está fuera de sí ante la posibilidad de semejante pérdida. ¿Podemos hacer algo al respecto? Si no fuese más que una cuestión de dinero...

Y luego, más de dos años después, en abril de 1853:

Mi fiel J.G.: Muchas gracias por el material enviado, pero aparentemente hubo muy mal tiempo durante el viaje y el embalaje era inadecuado, porque tres cilindros llegaron con uno o más dientes rotos. Te adjunto la identificación de esos elementos. Es posible hacer las reparaciones aquí, aunque nuestros escasos obreros calificados están muy lejos de ser los ingenieros de Bologna o París. Sin embargo, me harás un gran favor si puedes determinar si esta encomienda estaba realmente asegurada, como nosotros solicitamos. Sinceramente, etc. L.D.

Cilindros, con engranajes dentados. Era la primera pista sobre la Máquina Analítica, pero ciertamente no la última. Pude deducir, por otras cartas a J.G., que en 1852 se habían enviado artículos por barco a Nueva Zelanda en otras tres o cuatro oportunidades anteriores, aunque aparentemente éstos habían sobrevivido al viaje en buenas condiciones.

A fin de ahorrar espacio, L.D. había incluido numerosas abreviaturas al copiar las car-

tas: "c." servía para "cuál" o "con"; "para" se resumía "p.", y así sucesivamente. La mayoría de las veces, esto no obstaculizaba la comprensión

y era fácil reconstruir el texto original, pero cada vez que las personas quedaban reducidas a meras iniciales, yo maldecía. Era imposible expandirlas para descubrir su identidad. A.v.H., probablemente, era el gran viajero y escritor Alexander von Humboldt, cuyas huellas digitales aparecen a lo largo y a lo ancho de todas las ciencias naturales de Europa de la primera mitad del siglo pasado; C.B. debía de ser, seguramente, Charles Babbage. ¿Pero

quién diablos era J.G.? ¿Era un hombre, o podía ser una mujer?

Pasado un tercio del libro, descubrí que no había sólo copias de cartas enviadas a Inglaterra. Probablemente lo eran inicialmente, pero en algún momento L.D. había comenzado a usar el libro también como diario personal. De modo que en febrero de 1854, después de un intermedio de casi cuatro meses, aparecía lo siguiente:

22 de febrero: Por fin en casa, y agradezco a Dios que L. no me haya acompañado, porque los mares del sur son más impetuosos de lo que había soñado, aunque los nativos de la tripulación se comportan como si nada ocurriera. Se ríen en las fauces de los vientos y brincan del barco a la balsa con total impunidad en el mar más enfurecido. Sin embargo, la perspectiva de realizar una travesía similar durante los meses de invierno acobarda al espíritu más temerario y desafía a mi propia imaginación.

L. ha hecho notables progresos en sus investigaciones desde mi partida. Ahora cree que el diseño de la gran máquina es susceptible de mejoras considerables, y que podría ser capaz de funcionar con variedad y poderío mucho mayores que los que A.L. haya podido sospechar. Esta última, pobrecita, lucha por escapar de las garras de su tiránica madre, pero al parecer no está destinada a tener éxito. A pedido suyo, L. guarda el secreto y no permite que se escape hacia Inglaterra ni una sola palabra sobre sus esfuerzos. No obstante, es seguro que si este trabajo se conociera, muchas personas de toda Europa quedarían azoradas ante tamaña empresa... tan ambiciosa, tan noble, y llevada a cabo en su totalidad ¡por una mujer!

O sea que en Nueva Zelanda, aparentemente, no habían recibido la noticia de la muerte de Ada Lovelace en 1852. Me quedé con la duda y luego continué leyendo:

Mientras tanto, ¿qué hay del éxito de mis propios esfuerzos? Como mucho, es modesto. Navegamos a la isla que los nativos denominan Rormaurma y que mis mapas indican como la isla Mac-wherry o Macquarie. Es una gran porción de tierra con forma de lanza, de veinticinco kilómetros de largo pero muy angosta, abundantemente provista de pingüinos y otras aves marinas. Sin embargo, de la "gente de amor frío" que los nativos me habían descrito, si es que he interpretado su idioma correctamente, no encontré señales, y tampoco hallamos ninguno de los artefactos que, según insisten los nativos, esta gente es capaz de hacer, y que sirven para hablar y para moverse sobre el agua. Es importante que yo pueda comprender totalmente las razones por las que los nativos veneran a estos supuestos "hombres superiores" antes de que pueda explicarles cuáles son los caminos del Señor y ellos los acepten.

La primera vez que recorrí el libro, leí muy por encima la segunda mitad de la carta, Estaba más interesado en los "notables progresos" informados por L.D. Fue más tarde cuando la releí y reflexioné un largo rato sobre ese último párrafo.

Las cartas ofrecían una serie irregular e irritante de pantallazos del trabajo que Louisa

estaba realizando. Aparentemente, ella se ocupaba también de otras cosas y sólo podía continuar la investigación cuando su conciencia se lo permitía. Pero a principios de 1855, L.D. escribía, en una carta al mismo corresponsal desconocido:

Mi fiel J.G.: Está terminada, ¡y funciona! Y a decir verdad, nadie está más sorprendido que yo. Te imagino en este momento, meneando la cabeza al leer estas palabras, y no puedo negar lo que me dijiste hace mucho tiempo: que nuestra inteligente dama es el cerebro de la familia. Es una tesis que nunca más intentaré discutir.

Está terminada, ¡y funciona!

Estaba leyendo otra vez la primera frase, mientras un escalofrío me corría por la espalda, cuando se abrió la puerta. Levanté la vista, fastidiado. Entonces advertí que la habitación estaba helada y el fuego casi apagado; cuando eché un vistazo a mi reloj vi que eran casi las tres.

Era Bill. —¿Terminaste de leer? —me preguntó, con un apremio que me hizo estar seguro

de que no le agradaría mi respuesta.

—Me faltan unas diez páginas de cartas. Pero ni siquiera he mirado las tablas ni los dibujos. —Me puse de pie, acalambrado, y usé las tenazas para agregar media docena de trozos de carbón al fuego—. Si quieres hablar ahora, soy todo oídos.

En el rostro de Bill se evidenció su lucha interna, pero pasados unos segundos negó con

la cabeza. —No. Podría encaminarte hacia el mismo sendero mental que yo tomé, sin que ninguno de los dos nos percatáramos. Ambos sabemos qué natural nos resulta instigarnos el uno al otro. Esperaré. Vayamos a la Casa Grande. Annie me dijo que viniera a buscarte; el té estará servido para cuando regresemos.

Mi estómago gruñó ante la idea. —¿Y los libros?

—Déjalos donde están. Puedes retomar luego donde hayas dejado; todo estará a salvo aquí. —Pero tomé nota de que, después de decir eso, Bill colocó cuidadosamente el guardafuegos ante el hogar, para que no hubiera posibilidad de que saltaran chispas.

El clima había mejorado y la caminata colina abajo resultó ser exactamente lo que necesitaba. Estábamos a 46 grados latitud sur y casi a mitad del invierno: el sol ya descendía hacia las colinas del oeste. El viento seguía soplando, fuerte y frío. Viajando en línea recta hacia el sur, no hallaría tierra alguna entre mi persona y el "gran Continente del Sur" sobre el que L.D. había escrito. Hacia el este o el oeste, no encontraría más que mar abierto hasta llegar a Chile o Argentina. Con razón los vientos soplaban con tanta fuerza. Recorrían la mitad del mundo sin encontrar ningún obstáculo que les impidiera ganar velocidad.

El "té" de la Sra. Trevelyan era una merienda de campo, la comida más importante del día. Cuando llegamos, Jim Trevelyan ya estaba sentado, tenedor y cuchillo en mano. Era un hombre de unos setenta años, pero delgado, fibroso y alerta. El único signo que denotaba su verdadera edad era la sordera, que él solucionaba inclinándose hacia adelante con la mano alrededor de la oreja derecha, mientras miraba fija e intensamente al que le hablaba.

El plato principal era un succulento pastel, una exquisitez de superficie dorada hecha con carne de carnero, cebollas, manzanas y clavo de olor. Me resultó absolutamente delicioso, y Annie Trevelyan quedó encantada al ver que me comía tres porciones. Jim Trevelyan nos sirvió cerveza negra casera. Habló muy poco, pero hizo gestos de aprobación cuando Bill y yo le hicimos igual honor a la cerveza que a la comida.

Después del tercer jarro comencé a deslizarme hacia un placentero estado de somnolencia. No tenía ganas de charlar, y por fortuna no hacía falta que lo hiciera. Cumplí con mi papel imitando a Jim Trevelyan, escuchando los cuentos de Annie sobre la Casa Grande y sobre su familia, y asintiendo en los momentos adecuados.

Después de retirar los platos, trajo a la rastra una vieja maleta llena de fotografías. Conocía a todas las personas y su relación de parentesco, a lo largo de cuatro generaciones. Más o menos en la mitad de la pila, se detuvo y levantó la mirada tímidamente hacia nosotros.

—Debo estar aburriéndolos.

—Para nada —dije. Y era cierto, porque su entusiasmo por el pasado era enorme. A su modo, ella era tan historiadora como Bill o yo.

—Continúe, por favor —agregó Bill—. Realmente es muy interesante.

—Está bien. —Se sonrojó—. Me dejo llevar, saben. Es que es tan lindo volver a tener *gente joven* en casa.

Bill me miró. ¿Gente joven? ¿Nosotros? ¿Él, con su barba gris, y yo, con mi incipiente calvicie? Pero Annie continuó su viaje al pasado. Llegamos hasta los tiempos de los primeros Trevelyan y hasta la construcción de la Casa Grande. En el fondo de la maleta había dos cuadros enmarcados.

—Y ahora me pescaron en falta —dijo Annie, riendo—. No sé nada de estos dos cuadros, aunque probablemente son la cosa más vieja que hay aquí.

Nos los pasó por sobre la mesa para que los inspeccionáramos, dándonos uno a cada uno. El mío era una pintura, no una fotografía, de un hombre rechoncho de barba y claros ojos grises. Tenía una pipa en una mano y con la otra palmeaba la cabeza de un perro. Ninguna pista de quién podía ser.

Bill había tomado el otro y seguía mirándolo fijamente. Estiré la mano. Por fin, después de una larga pausa, me lo pasó.

Era otra pintura. El hombre estaba de medio perfil, como debatiéndose entre mirar al pintor o a la mujer. Tenía el cabello oscuro y un largo y colgante bigote. Ella estaba a su lado, con un ramo de flores en las manos y el mentón ligeramente levantado en lo que podía ser una expresión resuelta o desafiante. Sus ojos miraban directo al frente, hacia el exterior del cuadro y hacia mí, atravesándome el corazón. En la parte inferior, justo por encima del marco, había cuatro palabras escritas con tinta negra: "Luke y Louisa Derwent".

No pude hablar. Fue Bill quien rompió el silencio. —¿Cómo es que tienen estos dos cuadros, si ellos no son de la familia?

Su voz salió ronca y vacilante, pero Annie no pareció notarlo.

—¿No se lo he contado? Los primeros Trevelyan construyeron la Casa Grande, pero hubo otros aquí antes de eso. Vivían en la Casa Chica, que fue construida primero, hace años. No estoy segura cuándo. Estas pinturas tienen que ser de aquella familia, y es todo lo que puedo decir.

Bill se volvió para mirarme. Tenía la boca medio abierta, pero se las apañó para cerrarla y decir: —Usted... es decir, ¿hay *otras* cosas? Me refiero a otras cosas que pueda haber aquí, cosas que solían estar en la Casa Chica.

Annie negó con la cabeza. —Había, pero el abuelo, el padre de Jim, un día hizo una gran limpieza, poco después de que nos casamos. No se molestó en deshacerse de las cosas que usted ha encontrado, porque el sótano que está bajo la cocina nunca se usó. Y yo guardé esos dos cuadros porque me gustan las pinturas. Pero todo lo demás desapareció. —Debe haber visto que Bill y yo nos hundíamos en nuestras sillas, porque meneó la cabeza y dijo:— Bueno, bueno; hablé hasta por los codos y al final no les ofrecí nada de postre. Hay pastel de manzana y queso.

Mientras Annie se ponía de pie e iba hacia la despensa y Jim Trevelyan salía de la cocina tras ella, Bill me miró: —¿Puedes creerlo? Nunca se me ocurrió *preguntarle*. Es decir, interrogué a Jim Trevelyan sobre las cosas que solía haber en la Casa Chica, y él me dijo que su padre había arrojado a la basura todo menos lo que hay ahora. Pero lo dejé allí. Nunca le pregunté a Annie.

—No hay problema. Ahora lo sabemos ¿verdad? Luke Derwent es el dibujante y Louisa es la matemática e ingeniera.

—Y la *programadora*... un siglo antes de que existiera la programación de computadoras, supuestamente. —Bill calló. No debíamos discutirlo hasta que

yo hubiera examinado el resto del material. Pero el regreso de Jim Trevelyan nos salvó de continuar

la conversación. Traía un libro enorme, del tamaño de una maleta pequeña, de tapas negras repujadas y esquineros de bronce.

—Le dije que papá se había librado de todo —dijo—. Y así fue, tirándolo a la basura o

quemándolo. Pero era un hombre religioso y sabía muy bien que no debía destruir una Biblia. —La dejó caer sobre la mesa, con un sonido que hizo temblar la madera maciza—. Esto es de la Casa Chica. Si quieren mirarla, o llevársela con ustedes de vuelta allá, tienen toda mi aprobación.

Tiré del libro para acercarlo a mí y desenganché la gruesa abrazadera de metal que lo mantenía cerrado. Sabía, por el modo en que algunas de las páginas no cerraban bien en los bordes, que debía tener cosas intercaladas. La habitación permaneció en silencio mientras yo pasaba las páginas nerviosamente para encontrarlas.

La decepción que vino después me dejó tan hueco como si no hubiese comido nada en todo el día. Había cosas intercaladas, por supuesto: flores silvestres secas, flores recogidas hacía muchísimo tiempo y prensadas entre las páginas de la Biblia. Las examiné una por una y recorrí el resto del libro para asegurarme de que no había nada más entre las páginas. Finalmente, respiré hondo y alejé la Biblia de mí con un empujón.

Bill estiró la mano y la atrajo hacia sí. —Hay otra posibilidad —dijo—. Si esa familia, por casualidad, se parecía en algo a la mía...

Fue hacia la última hoja de la Biblia. La guarda era de un grueso papel amarillento. Sobre ésta, usando tintas de diversos colores, ahora desvaídos, una cuidadosa mano había trazado el árbol genealógico de la familia Derwent.

El pastel de manzana y el queso quedaron olvidados, mientras Bill y yo, con la complaciente asistencia de Jim y Annie Trevelyan, nos dedicamos a examinar todos los nombres de las generaciones ilustradas, confeccionando al mismo tiempo una copia más legible.

Finalmente, nos pareció que era otra decepción. Ninguno de nosotros reconocía uno solo de los nombres, excepto los de Luke y Louisa Derwent, y esos ya los sabíamos. El único dato aportado por el árbol genealógico era que Luke y Louisa eran medio hermanos, del mismo padre. No había fechas, y ellos dos eran la última generación que aparecía.

Bill y yo admitimos que habíamos llegado a un callejón sin salida. Annie sirvió el demorado postre; después, protegimos las dos pinturas con una envoltura impermeable (aunque no estaba lloviendo) y nos dirigimos colina arriba, a la Casa Chica, prometiéndole a Annie que estaríamos, sin duda, de regreso para el desayuno.

Caminamos en silencio hasta que, a mitad del ascenso, Bill dijo de pronto: —Lo lamento. Yo también lo noté... el parecido con Eileen. Sabía que te impresionaría. Pero no pude hacer nada para evitarlo.

—Es la expresión, más que otra cosa —dije—. Ese mentón levantado, y la mirada. Pero es simple coincidencia; en realidad no se parecen. Este tipo de cosas suelen suceder.

—Es duro para ti, sin embargo.

—Estoy bien.

—Grandioso. —La voz de Bill denotaba alivio—. No iba a decirte nada, pero tenía que asegurarme de que te sentías bien.

—Estoy bien.

Bien, a no ser porque, hacía no más de un mes, un amigo de muchos años me había preguntado con toda buena intención "¿Piensas que Eileen fue el amor de tu vida?" y en mi pecho se había abierto un agujero por el que había caído mi corazón, para ir a alojarse, como una piedra fría, en el fondo de mi vientre.

Cuando llegamos a la Casa Chica alegré fatiga residual del viaje y me fui derecho a la cama. Con la gran cantidad de esa poderosa cerveza casera de Jim Trevelyan que tenía dentro tendría que haber dormido profundamente y sin sueños. Pero los muertos, una vez que se levantan, no vuelven a quedarse quietos tan fácilmente.

Aparecieron frente a mí imágenes de Eileen y del pasado feliz que se mezclaban y se fundían con el retrato de los Derwent. Aun dormido, sentí una terrible tristeza. Y regresó la antigua sensación de impotencia, que me decía que yo había sido incapaz de modificar el único acontecimiento de mi vida que realmente tenía importancia.

Con la cabeza todavía a medio mundo de distancia, en un huso horario diferente, desperté mucho antes del amanecer. Las brasas, bien apagadas por Bill antes de irse a dormir, seguían incandescentes bajo las cenizas; un puñado de leña y carbón fue todo lo necesario para traerlas nuevamente a la vida.

Bill aún dormía cuando encendí las dos lámparas de aceite, atraje los libros hacia mí y me instalé a leer. Estaba decidido a encontrarme en condiciones de hablar con él cuando fuéramos a la Casa Grande para desayunar, pero resultó más difícil de lo que esperaba. El día anterior había estado demasiado cansado: antes de estar listo para continuar, tuve que volver atrás y releer algunas de las cartas.

Había quedado en la primavera de 1855, con alguna especie de Máquina Analítica terminada y funcionando. Pero ahora, cuando más desesperado estaba por enterarme de mayores detalles, Luke Derwent me frustraba. Desaparecía del libro durante cuatro meses y retornaba por fin, no para informar sobre los trabajos de Louisa, sino para dar una rebotante y maravillada crónica de los suyos propios:

21 de septiembre, 1855: Gloria a Dios Todopoderoso; rezo por que nunca vuelva a tener dudas. L. y yo nos hemos cuestionado muchas veces la decisión de haber venido aquí. Nunca nos hemos arrepentido, pero en ocasiones nos hemos preguntado si nuestros motivos no habrán sido egoístas. Ahora, por fin, tenemos en claro que estamos cumpliendo con un propósito superior.

Ayer regresé de mi último viaje a la Isla Macquarie. ¡Estaba allí! La "gente de amor frío", igual que me lo habían asegurado mis amigos nativos. A decir verdad, el clima de la isla les resulta demasiado caluroso, excepto en los meses invernales del sur, de mayo a agosto, y cuando atracó nuestro barco estaban casi a punto de partir. Porque son visitantes migratorios y pasan gran parte del año en un sitio más remoto.

Los nativos los denominan "gente" y yo debo hacer lo mismo, porque aunque no conservan ni remotamente el aspecto exterior de los humanos, son sin duda inteligentes. Pueden hablar con los nativos con la ayuda de una caja que llevan consigo a todos lados. Poseen herramientas sorprendentes, capaces de fabricar a gran velocidad todo lo necesario para la vida. Según mis traductores nativos, aunque tienen su base permanente en otro lugar de este hemisferio, originalmente vienen de "muy, muy lejos". Para los nativos maoríes, esta expresión significa de allende los mares, aunque no estoy tan seguro de esta conclusión.

Y tienen maravillosos poderes en lo que a medicina se refiere. Los nativos maoríes juran que uno de su pueblo que estaba muy próximo a morir debido a unas heridas gangrenosas, cuya muerte no podía tardar más de un día, fue curado completamente en pocas horas. Mantuvieron a una mujer congelada, pero viva, durante todo un invierno, hasta poder atenderla y restablecer su salud por medio del maravilloso tratamiento médico traído por la "gente de amor frío" (para quienes, en rigor a la verdad, no me incumbe encontrar un nombre mejor) desde su lugar de residencia permanente. Debería agregar que son simpáticos y que accedieron enseguida a mi deseo de hacer dibujos detallados de sus formas. A través del intérprete maorí, me pidieron que hablara en inglés y me aseguraron que para mi próxima visita podrán hablar conmigo en mi propio idioma.

Todo esto es fascinante. Pero empalidece ante la única pregunta importante: ¿Poseen estos seres un alma inmortal? No estamos en posición de tomar una decisión final al respecto, pero L. y yo concordamos en que debemos actuar según la presunción de que sí la tienen. Porque si estamos en condiciones de acercarlos a Cristo, aunque sea a uno solo de estos seres que de lo contrario morirán sin posibilidad de salvación, es nuestro deber hacerlo.

Era una digresión de todo el asunto de la Máquina Analítica, tan extraña que me quedé sentado, mirando la página, por largo rato. Me pareció que el texto siguiente, con su gran estallido emocional, me apartaba todavía más lejos del tema:

Mi fiel J.G.: Tengo la peor noticia del mundo para darte. ¿Cómo puedo decírtelo? La antigua enfermedad de L. ha regresado y, lamentablemente, con más fuerza que antes. Ella no me decía nada, pero ayer descubrí que había sangre fresca en su pañuelo y no pudo negar semejante evidencia. Ante mi insistencia, ha visitado a un médico y el diagnóstico es verdaderamente desesperado. Siente una calma pasmosa en cuanto al futuro, pero yo no puedo permanecer tan sanguíneo. Reza por ella, igual que rezo yo, constantemente.

La carta estaba fechada el 25 de septiembre, a sólo unos pocos días de haber regresado del viaje. Inmediatamente después, como si Luke no pudiera contener sus pensamientos, continuaba con el diario:

Louisa insiste con algo que yo no puedo creer: que su enfermedad no es más que el justo castigo que Dios nos envía para pagar por nuestro pecado. Su calma y coraje son increíbles. Está encantada con que mi salud continúe siendo buena y parece resignada ante la perspectiva de su propia muerte como yo jamás podré resignarme. ¿Pero qué puedo hacer? ¿Qué? No puedo sentarme a contemplar cómo se va derrumbando lentamente. Aunque no sucederá con lentitud. Seis meses, no más.

Los viajes hacia la colonia de la "gente de amor frío" habían pasado a segundo plano. La Máquina Analítica no le inspiraba ningún interés. Pero ese breve párrafo del diario revelaba mucho. Busqué el retrato de Luke y Louisa Derwent y estaba mirándolo cuando el despeinado Bill emergió del dormitorio.

Esta vez, era yo el que estaba desesperado por hablar. —¡Ya lo sé! Ya sé por qué vi-

nieron a Nueva Zelanda.

Se me quedó mirando, a mí y a la pintura que tenía en las manos. — ¿Cómo puedes saberlo?

—Tendríamos que haberlo advertido anoche. ¿Recuerdas el árbol genealógico de la Biblia? Mostraba que eran medio hermanos. Y esto. — Levanté el cuadro y se lo mostré.

Se frotó los ojos y lo escudriñó. —Ya lo vi. ¿Qué hay con él?

—Bill, es un retrato de bodas. ¿Ves el ramo de flores, y el anillo que ella tiene en el dedo? No podían casarse en Inglaterra; se habría armado un grandísimo escándalo. Pero aquí, donde nadie los conocía, podían comenzar de nuevo y vivir comomarido y mujer.

Bill miraba el libro abierto y asentía. —Maldita sea, tienes razón. Eso lo explica todo. Nuestro pecado, dice él. ¿Ya llegaste a esa parte?

—Estaba justamente allí.

—Entonces ya casi terminas. Lee las últimas páginas y luego vayamos a desayunar a la Casa Grande. Podemos hablar por el camino.

Se volvió y desapareció en el interior del dormitorio. Yo seguí hojeando el libro. Tal como Bill decía, estaba cerca del lugar donde los textos dejaban paso a las páginas en blanco.

Había una carta más, dirigida al mismo amigo lejano. Tenía fecha del 6 de octubre de 1855 y era tranquila, casi clínica:

Mi fiel J.G.: En pocos días más, L. y yo nos embarcaremos en un largo viaje hacia una isla distante, donde habitan ciertos nativos paganos, los Heteromorfos (para emplear el término con que L. prefiere denominarlos, ya que su aspecto difiere mucho del de los demás hombres, aunque aparentemente compartan nuestros poderes de raciocinio). Nos mueve un gran deseo de hacer llegar a estos seres la bendición de Nuestro Señor Jesucristo. Será una travesía peligrosa. Por lo tanto, si no tienes noticias nuestras en un lapso de cuatro años, hazme el favor de disponer de nuestras propiedades según mis anteriores instrucciones. Espero que la presente no sea mi última carta; no obstante, si ese fuera el caso, ten por seguro que hablamos de ti constantemente, y que siempre estás en nuestros pensamientos. Me despido, con compartido amor por nuestro Salvador.

L.D.

A esto seguían unas notas personales garrapateadas:

Es posible que pueda engañar a Louisa y al resto del mundo, pero no puedo engañarme a mí mismo. Que Dios me perdone, pero debo confesar que la conversión de los Heteromorfos no es mi objetivo principal. Porque el mensaje de Cristo puede esperar hasta que ellos regresen a su base de invierno, en la Isla Macquarie, pero otras cuestiones no pueden esperar. Mi pobre Louisa. Seis meses, como máximo. Ya se está debilitando y en sus mejillas se ha instalado ese tísico rubor. Para mayo será muy tarde. Debo llevarme a Louisa ahora, y rezar por que los relatos maoríes sobre las poderosas capacidades médicas de los Heteromorfos no sean puras fábulas.

Llevaremos con nosotros la palabra de Cristo. Louisa confía plenamente en que con eso tendremos lo suficiente para cumplir con cualquier propósito, al tiempo que yo, apóstata consumado, estoy poseído por la duda. Supongamos que ellos prefieren seguir siendo una nación de comerciantes, rechazando la verdad divina. Yo sé exactamente lo que quiero de ellos. ¿Pero qué tengo para ofrecerles a cambio?

Tal vez se trate de un verdadero milagro que Dios me ha concedido. Porque puedo darles lo que ningún hombre ha visto antes, una maravilla de esta era y de cualquier era: la gran Máquina de Louisa que, con su insensato funcionamiento mecánico, parece imitar los pensamientos de los seres vivos y

racionales. Esto, seguramente, resultará de inestimable valor e interés para cualquier criatura, sin importar cuán avanzada sea.

Después venía un último texto, escrito con la letra de un hombre frenéticamente apurado:

Finalmente Louisa ha terminado las transformaciones de la información que recibí de los Heteromorfos. Ya conocemos con precisión nuestro punto de destino y partimos mañana con la primera marea. Estamos ampliamente aprovisionados y nuestra tripulación de nativos está lista y tiene mucha más confianza que yo. Como Rabelais, Je m'en vais chercher un grand peuttore". Dios quiera que lo encuentre.

Salgo en busca del "gran quizás".

Sentí un escalofrío, me puse de pie y entré en el dormitorio donde Bill estaba poniéndose un suéter.

—La Máquina Analítica. Se la llevaron cuando se marcharon.

—De acuerdo. —Su expresión era una extraña mezcla de satisfacción y frustración—. Pero ahora contéstame esto: ¿a dónde fueron?

—No puedo responderte.

—Tenemos que responderlo. Echa una ojeada a esto. —Bill pasó junto a mí y se dirigió a la cocina, con las mangas aún a medio poner. Levantó la carpeta con dibujos que habíamos traído del sótano—. Apenas los has mirado, pero yo he invertido en ellos la misma cantidad de tiempo que en las cartas. Toma.

Me entregó un dibujo hecho a pluma y tinta que mostraba a una de las criaturas, vista de frente. Tenía una abundante cantidad de patas delgadas —conté catorce, más cuatro antenas finas y peludas— y lo que yo tomé por dos pares de ojos más unos delicados y protuberantes apéndices oculares.

Esos eran los rasgos más obvios. Lo que observé después, desde más cerca, fueron las pequeñas alforjas que colgaban a ambos lados del cuerpo, que no formaban parte del animal y que aparentemente estaban sujetas con un cinturón. Cuatro de las patas sostenían un objeto recto que tenía números inscriptos en toda su longitud.

—Es una regla graduada —dijo Bill cuando se la indiqué con el dedo—. Si es exacta, y no habiendo razones para creer que Luke Derwent los haya dibujado mal, sus "Heteromorfos" medían unos noventa centímetros de alto.

—Y esas alforjas laterales son para guardar herramientas.

—Herramientas, comida, equipo de comunicaciones... cualquier cosa. ¿Ahora ves por qué te dije que durante el último par de semanas pensé que me estaba volviendo loco? Tenía esto frente a mí y no sabía cómo manejarlo.

—Ese sitio que menciona... ¿la Isla Macquarie?

—Existe. Está a unos mil cien kilómetros al sudoeste de aquí. Pero puedo asegurarte que allí no hay nada que se relacione con esto. Es demasiado pequeña y recibe visitantes con mucha frecuencia. Cualquier cosa que se pareciera a los Heteromorfos ya habría sido informada repetidas veces. Y no es donde Derwent dijo que irían. Se dirigieron a otro lado, a la base permanente. Dondequiera que esté. —Los ojos de Bill brillaban y le temblaba la boca. Había convivido con esto demasiado tiempo y ahora caminaba por el borde del precipicio—. ¿Qué vamos a *hacer*?

—Vamos a ir a la Casa Grande para que Annie nos alimente. Y vamos a hablar de esto a fondo. —Lo tomé del brazo—. En marcha.

El frío aire matinal nos cortó la piel apenas pusimos un pie afuera. Como yo esperaba, deshabilitó a Bill y lo trajo de nuevo a la realidad.

—Tal vez no podamos llegar más lejos —dijo, con voz más tranquila—. Tal vez debemos dar a conocer todo esto y decirle al mundo lo que hemos descubierto.

—Tal vez. Pero no resultaría.

—¿Por qué no?

—Porque si lo analizas en profundidad, no hemos descubierto *nada*. Bill, si no hubieras sido tú quien me envió esa carta y el paquete de documentos, ¿sabes lo que yo habría dicho?

—Sí. Aquí tenemos a otro maldito chiflado.

—O falsificador. Cuando leía esas cartas, me percaté de otra cosa. Que habría resultado más plausible si lo del sótano lo hubiesen encontrado Jim y Annie Trevelyan, y luego lo hubiesen enviado a Christchurch. Se necesita sólo un minuto para comprobar que no saben nada de Babbage, ni de computadoras, ni de programación. Pero si quisieras conseguir dos personas capaces de montar una enorme y pesada broma, tendrías que irte muy lejos antes de encontrar a alguien más idóneo que nosotros dos. La gente diría, "ah, son unos maniáticos de la computación y de la historia de la ciencia, y planearon este fraude para engañarnos a todos".

—¡Pero no es cierto!

—¿Quién lo sabe, Bill, aparte de tú y yo? No tenemos nada que *mostrarles*. ¿Qué hacemos, nos ponemos de pie y decimos "oh, sí, realmente existió una Máquina Analítica, pero se la llevaron para enseñársela a unos extraterrestres"? Lamentablemente, tampoco sabemos dónde están ellos.

Bill suspiró. —Es cierto. Nos iría mejor si dijéramos que se la robaron las hadas.

Habíamos llegado a la Casa Grande. Cuando entramos, Annie Trevelyan nos miró las caras y dijo:

—Ay, han recibido malas noticias.

Y mientras nos sentábamos a la mesa y comenzaba a servirnos tortas calientes y salchichas, agregó:

—Bueno, no importa lo que pase, recuerden esto: son jóvenes y tienen buena salud. Sea lo que sea, no es el fin del mundo.

Parecía serlo. Pero creo que ambos nos dimos cuenta de que Annie Trevelyan era más inteligente que nosotros.

—Lo diré otra vez —dijo Bill, pasado un momento—. ¿Qué hacemos ahora?

—Desayunamos, y luego regresamos a la Casa Chica y revisamos *todo* de nuevo, juntos. Quizás se nos está escapando algo.

—Sí. Hasta ahora, sólo he perdido un mes de mi vida. —Pero Bill estaba comenzando a atacar la pila de salchichas, y ese era un buen signo. Él y yo somos lo que normalmente Annie llamaría "de buen comer" y otros, menos amables, llamarían "glotones".

Nos dio de comer hasta que nos negamos a aceptar otro bocado y luego nos acompañó afuera. —Vayan y sigan trabajando —dijo alegremente—. Lo solucionarán. Yo sé que sí.

Era bueno contar con la confianza de al menos una persona en el mundo. Repletos de comida, volvimos a ascender la colina a grandes trancos. Me sentía bien, y optimista. Pero creo que se debía a que el material era muy nuevo para mí. Seguramente, Bill ya lo había estudiado hasta que-marse las pestañas.

De vuelta en la Casa Chica, comenzó el verdadero trabajo. Revisamos otra vez las cartas y el diario, página por página, fecha por fecha, frase por frase. Nada nuevo, aunque ahora que ya lo habíamos leído una vez, descubríamos constantes evidencias de la ambivalente relación hermanos/esposos.

Después vinieron los dibujos. Los Heteromorfos tenían una apariencia tan alienígena que a menudo nos poníamos a adivinar la función de sus órganos o de los pequeños objetos que, después de una detallada inspección, descubríamos atados a sus cuerpos o en una de sus numerosas garras, pero al finalizar nuestro análisis no habíamos visto nada que nos hiciera cambiar de opinión o que agregara algo a lo que ya sabíamos.

Nos restaba un elemento más: el libro de tablas numéricas escrito por Louisa Derwent. Bill lo abrió al azar y nos quedamos mirando la página en silencio.

—Está fechada en octubre de 1855, como todas las demás —dije por fin—. Es la fecha en que partieron.

—Correcto. Y Luke escribió "Louisa ha finalizado los cálculos necesarios". —Bill miraba la lista de números con el ceño fruncido, como acusándola por no poder revelarnos sus secretos—. ¿Necesarios para qué?

Me incliné por sobre su hombro. En la tabla había veintitantos números, de dos o tres dígitos cada uno. —Para nada obvio. Pero, dadas las fechas, es razonable presuponer que tienen algo que ver con el viaje. ¿En qué otra cosa pudo haber trabajado Louisa durante las últimas semanas?

—No se parece en nada a una guía de navegación. Pero podrían ser resultados intermedios. Borradores de trabajo. —Bill volvió a la primera página del libro, y a la primera tabla—. Estas podrían ser distancias hasta lugares por los que pasarían durante el trayecto.

—Podrían. O podrían ser horas, o pesos, o ángulos, o un centenar de otras cosas. Y aunque sean distancias, no tenemos idea de la *unidad* en que están expresadas. Podrían ser millas, o millas náuticas, o kilómetros, o cualquier cosa.

Puede parecer que yo sólo ofrecía críticas destructivas, pero Bill sabía bien cuál era mi intención. Si pretendíamos evitar las ideas torpes y las presunciones indefendibles, cada uno de nosotros debía adoptar el papel de abogado del diablo, marcando los errores del otro a cada paso.

—Te lo acepto —dijo con calma—. Tal vez debamos probar y abandonar una docena de hipótesis antes de poder terminar. Pero comencemos a proponerlas, para ver a dónde nos llevan. No obstante, hay una presunción fundamental que *tenemos* que establecer: estas tablas fueron utilizadas de algún modo por Luke y Louisa Derwent para decidir cómo llegar a los Heteromorfos. Partamos de esa base, y no perdamos de vista el único objetivo que tenemos: queremos encontrar la ubicación de la base de los Heteromorfos.

No hizo falta que me explicara lo que ello implicaba. Si podíamos hallar esa base, quizás la Máquina Analítica también estaría allí. Y tampoco hizo falta que yo le explicara cuál era la otra abrumadora posibilidad: era probable que los Derwent hubieran perecido durante el viaje y que ahora sus cadáveres yacieran en alguna parte del lecho oceánico.

Comenzamos a trabajar con las tablas, proponiendo y rechazando interpretaciones para cada una. El trabajo era tedioso, consumía mucho tiempo y estaba repleto de callejones sin salida, pero no pensamos en abandonarlo. Desde nuestro punto de vista, mientras se nos siguieran ocurriendo nuevas hipótesis de trabajo y las verificáramos, seguiríamos progresando. El fracaso real llegaría únicamente cuando se nos acabaran las ideas.

Nos deteníamos sólo para hacer dos cosas: para dormir y para ir a comer a la Casa Grande. Creo que el descenso y ascenso de la colina y las horas que

pasábamos con Jim y Annie Trevelyan eran lo único que nos mantenía relativamente cuerdos y equilibrados.

Cinco días pasaron volando. No teníamos ninguna solución; la información del libro no era suficiente. Pero finalmente, para el mediodía del sexto día, apareció un problema.

Un problema matemático. Nos la habíamos ingeniado, gracias a una lista atterradoramente larga de presunciones y a una gran cantidad de trabajo, para reducir nuestras ideas y cálculos a una optimización no lineal de aspecto muy desagradable. Si poseía un máximo global y podía ser resuelta por ese máximo, podía llegar a darnos, al menos en principio, la ubicación de un lugar de la Tierra con la máxima probabilidad de ser el punto de destino de los Derwent.

Demasiados supuestos. Pero peor aún: habiendo llegado tan lejos, ni a Bill ni a mí se nos ocurría un enfoque sistemático para encontrar la solución. El método de prueba y error, aunque usáramos la más rápida de las computadoras, nos tomaría el resto de nuestras vidas. Habíamos tenido la esperanza de que los conocimientos modernos de computación y el vasto incremento de la capacidad computacional compensarían de algún modo toda la información adicional de la que disponía Louisa Derwent y de la que nosotros carecíamos. Hasta ahora, la contienda estaba lejos de llegar a su fin.

Terminamos por admitirlo y quedarnos sentados en la cocina, mirándonos.

—¿Dónde está el teléfono más cercano? —pregunté.

—En Dunedin, probablemente. ¿Por qué?

—Nosotros solos no podemos avanzar más. Ahora necesitamos la ayuda de expertos.

—Detesto tener que darte la razón. —Bill se levantó—. Pero debo hacerlo. Esto nos ha superado. Necesitamos al mejor analista numérico que podamos encontrar.

—A ese mismo voy a llamar.

—¿Pero qué vas a decirle? ¿Qué les decimos a *todos*?

—Fragmentos y pedazos. Lo menos que pueda. —Estaba poniéndome el abrigo y tomando los resultados de nuestro trabajo—. Por el momento, tendrán que confiar en nosotros.

—Tendrán que ser tan locos como nosotros —dijo él.

La buena noticia era que la gente que necesitábamos tenía propensión a ser exactamente así. Bill me siguió afuera.

No nos detuvimos en Dunedin. Seguimos viaje hasta Christchurch, donde Bill hizo dedo para que nos acercaran hasta el sistema telefónico de la Universidad.

Buscamos una sala tranquila y llamé al Departamento de Computación de Stanford. El número del interno era viejo, pero después de un par de saltos de un teléfono a otro me comunicaron con hombre que buscaba, lo cual me sorprendió un poco porque, como solterón peripatético y sociable que era, el sujeto con frecuencia se hallaba en algún otro continente.

—¿Dónde estás? —dijo Gene apenas se enteró de quién estaba en línea.

Puede parecer una introducción extraña para una conversación con alguien a quien no ves desde hace un año, pero cuando uno de nosotros llamaba al otro normalmente significaba que estábamos a una distancia que nos permitiría cenar juntos. Entonces comíamos juntos, hablábamos de la vida, de la muerte y de las matemáticas, y luego cada uno se iba por su lado, singularmente reconfortado.

—Estoy en Christchurch. Christchurch, Nueva Zelanda.

—Ajá. —Hubo una pausa apenas perceptible del otro lado de la línea y luego dijo—: Bueno, tienes toda mi atención. ¿Estás bien?

—Estoy muy bien. Pero necesito un algoritmo.

Esbocé la naturaleza del problema y cuando hube terminado, él dijo: —Me recuerda un poco a una versión subdeterminada del problema del Viajante de Comercio, donde la información sobre los nodos es incompleta.

—Eso se parece bastante a lo que hemos decidido nosotros. Conocemos una cantidad de distancias y sabemos que algunos lugares del trayecto y el punto de destino tienen que estar en tierra. Además, las regiones de tierra imponen restricciones en cuanto en los itinerarios que se pueden hacer. El problema es que no tenemos idea de cómo solucionar todo esto junto.

—Es realmente grandioso —dijo Gene, y hablaba en serio. Casi podía escucharlo frotarse las manos ante la perspectiva de un hermoso problema nuevo—. Por el modo en que lo describes, definitivamente no es polinómico, a menos que puedas proporcionarme más información. Tampoco sé cómo resolverlo, pero tengo algunas ideas. Tendrás que darme todos los detalles.

—Eso planeaba hacer. Lo que te dije fue para que empezaras a pensar. Saldré de aquí en el vuelo de medianoche y aterrizaré en San Francisco alrededor de las ocho de la mañana. Puedo estar en tu casa a las once y media. Llevaré los detalles escritos.

—¿Es tan urgente?

—Me parece que sí. Tal vez puedas convencerme de lo contrario durante la cena.

Cuando colgué, Bill Rigley meneó preocupadamente la cabeza. —¿Estás seguro de que sabes lo que haces? Tendrás que contarle bastante.

—Menos de lo que piensas. Gene nos ayudará, te lo prometo. —Acababa de darme cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba recurriendo a todas las astillas de intelectualidad que había estado coleccionando durante un cuarto de siglo—. Vamos —dije—. Revisemos todo una vez más. Después tengo que largarme de aquí.

La división de tareas final fue fácil de realizar. Bill tenía que volver a la Casa Chica y asegurarse absolutamente de que no se nos había escapado ni una brizna de información que nos pudiera ser útil. Yo debía dirigirme a los Estados Unidos e intentar una solución para nuestro problema computacional. La estimación preliminar de Bill —unas 2.000 horas de trabajo con la Cray-YMP— no era muy alentadora.

Llegué a San Francisco con una hora de retraso, y exhausto por la diferencia horaria. Pero recuperé el tiempo perdido en el camino a Palo Alto, y al mediodía ya me encontraba sentado en la sala de la casa de Gene en Constanza.

Para ser sincero, Gene no había esperado a que llegara yo. Ya se había contactado con media docena de personas desperdigadas en los Estados Unidos y Canadá para averiguar si existía algo nuevo y provocativo dentro de la problemática que nos ocupaba. Le conté una versión restringida de la historia de Louisa Derwent y la desaparecida Máquina Analítica, omitiendo toda insinuación sobre seres extraterrestres, y luego le mostré mi copia de nuestros análisis y de los datos originales a partir de los cuales los habíamos elaborado. Mientras él comenzaba a trabajar sobre eso, le pedí prestado el teléfono y, desganadamente, encaré la siguiente fase.

Gene nos daría un algoritmo; yo estaba seguro de eso. Y sería el mejor algoritmo que podía proporcionarnos el análisis numérico de la actualidad. Pero, aún con ese insuperable algoritmo, estaba convencido de que nos enfrentaríamos con el más formidable problema computacional.

No quería enterarme de cuán formidable sería. Suponiendo que Bill y yo tuviésemos razón, habría otras certezas. Necesitaríamos una base de datos digital de todo el mundo, o al menos del hemisferio sur, que definiera bien los límites tierra firme/mar. Esta vez, mi llamada telefónica obtuvo una respuesta menos satisfactoria. La Agencia Cartográfica de Defensa podía tener lo que yo necesitaba, pero, casi con seguridad, ese material no estaba disponible para el público en general. Mi amigo (después de garantizarle que permanecería en el anonimato) prometió husmear un poco y conseguirme de contrabando alguna

base de datos o bien indicarme cuáles eran los mejores proveedores comerciales.

Tenía que hacer una llamada más, a Marvin Minsky del Laboratorio de Medios del MIT. Mientras marcaba el número, miré el reloj. Una cuarenta y cinco. En la Costa Este se acercaba la hora de finalización de la jornada laboral. Personalmente, sentía que mi hora de finalización de la jornada laboral ya había pasado hacía mucho.

Tuve suerte de nuevo. Vino al teléfono, denotando una leve sorpresa. Nos conocíamos, pero no muy bien; no como conocía a Bill o a Gene.

—¿Sigues teniendo una buena relación laboral con la Corporación Máquinas Pensantes? —le pregunté.

—Sí. —Si una palabra afirmativa puede ser también una pregunta, esta lo era.

—Y Danny Hillis sigue siendo el jefe científico ¿verdad?

—Así es.

—Bien. ¿Recuerdas que hace unos años, en Pasadena, tú nos presentaste?

—Cuando fuimos a ver el acercamiento del *Voyager Neptune*. Lo recuerdo muy bien. —Ahora sonaba cada vez más confundido. Era razonable. Yo estaba pasado de cansancio y luchaba por obligar a mis pensamientos a dejar de girar sobre sí mismos sin orden ni concierto.

—Creo que voy a necesitar unas doscientas horas —dije— de la Máquina de Asociación más rápida que exista.

—Estás hablando con la persona equivocada.

—Es posible que necesite un acceso de alta prioridad —continué, como si no lo hubiese oído—. ¿Dispones de unos minutos para que te cuente por qué lo necesito?

—Tú pagas la llamada. —Ahora su tono era un poco escéptico, pero yo me daba cuenta de que estaba intrigado.

—Debemos hacerlo en persona. ¿Mañana por la mañana, quizás?

—¿Viernes? Espera un momento.

—Donde tú quieras —le dije, mientras al otro lado de la línea tenía lugar una conversación entre dientes—. No tardaré mucho. ¿Dijiste que mañana es viernes?

Parecía que había perdido un día en alguna parte. Pero no me importaba. Mañana por la tarde estaría preparándome para dormir todo el fin de semana.

Todo comenzó a precipitarse, cada vez más rápido, hacia una inevitable conclusión. Y en ese punto, justo cuando Bill y yo más queríamos que la velocidad se acelerara al máximo, los acontecimientos comenzaron a avanzar lentamente, casi a paso de tortuga.

En retrospectiva, el cambio de ritmo estaba sólo en nuestras mentes. Según cualquier criterio normal, progresábamos espectacularmente rápido.

Por ejemplo, Gene produjo el algoritmo en menos de una semana. Quería hacerle una pulida final, especialmente para dejarlo en óptimas condiciones para el procesamiento paralelo, pero no tenía sentido seguir esperando para iniciar la programación. Para entonces, Bill ya había venido de Nueva Zelanda y ambos estábamos en Massachusetts. En diez días tuvimos el programa funcionando y la base de datos geográficos en línea.

Tuvimos nuestra primer sesión con la Máquina de Asociación esa misma noche. Fue un éxito, si por "éxito" entendemos que la máquina no explotó. Pero fracasó en el intento de producir un máximo bien definido de cualquier clase.

Entonces comenzó la etapa tediosa. Los parámetros de entrada que juzgábamos inciertos los hacíamos correr de nuevo en la totalidad del rango permitido y con todas las variantes posibles. Naturalmente, habíamos preparado el programa para que realizara las variaciones paramétricas automáticamente y para que procediera con el siguiente caso cuando la forma de la solución no resultara satisfactoria. Y, también naturalmente, apenas podíamos soportar estar lejos de la computadora. Queríamos ver

los resultados de cada cálculo, estar allí cuando el resultado que queríamos apareciera por fin, si aparecía.

Durante cuatro días completos no surgió nada que fuese siquiera alentador. Todos los máximos computados resultaban desesperadamente amplios e inaceptablemente mal definidos. Continuamos vagando por la sala de computación, desapareciendo únicamente para tomar breves siestas y apresuradas comidas. Se asemejaba a la época de nuestra juventud, cuando el *debugging* manual de programas era el único que se conocía. En las altas horas de la noche, yo sentía una extraña confluencia de generaciones de computadoras. Aquí estábamos, trabajando como lo habíamos hecho hacía muchos años, pero ahora empleando la máquina más avanzada de la actualidad en una extraña búsqueda de su antepasada más remota.

Debemos habernos convertido en un terrible estorbo para los operadores mientras cavilábamos sobre las entradas de datos y nos irritábamos por las salidas, pero nadie pronunció ni una palabra hiriente. Deben haber percibido, a partir de vagos rumores o de la evidencia directa de nuestro comportamiento, que estos cómputos estaban relacionados con algo muy importante para nosotros. Nos alentaban a comer y a descansar. Y, como era casi inevitable, cuando el resultado que Bill y yo habíamos estado esperando tanto tiempo

surgió por fin de la ventisca de actividad electrónica que azotaba el interior de la Máquina de Asociación, ninguno de los dos estaba allí para verlo.

Recibimos la llamada a las ocho treinta de la mañana. Nos habíamos ido hacía una hora y estábamos desayunando desganadamente en el motel Royal Sonesta, no lejos de la instalación.

—Tengo algo que creo que deberían ver —dijo la voz vacilante del operador de turno. Ya nos había visto sentarnos, desalentados, ante un millar de datos de salida, y ahora se cuidaba de darnos falsas esperanzas—. Uno de los cálculos muestra un pico muy acentuado. Muy estrecho y compacto.

Habían deducido qué era lo que buscábamos. —Vamos para allá —dijo Bill. Dejamos el desayuno a medio comer (cosa rara en nosotros) y en el auto no se nos ocurrió nada que decir.

El resultado del cálculo era todo lo que el operador había sugerido. La función de densidad de probabilidad bidimensional era un grupo de hermosas elipses concéntricas que rodeaban una sola zona de tierra firme. Pudimos haber verificado las coordenadas con la base de datos geográficos, pero estábamos muy apurados. Bill había traído desde Auckland un atlas Times y lo había instalado en la sala de computación. Ahora se puso a hojearlo, en busca de la latitud y longitud definidas por la salida de datos de la máquina.

—¡Dios mío! —dijo, después de unos segundos—. Es Georgia del Sur.

Pasada mi primera sensación de que esto era ridículo (¡Georgia del Sur! ¿Cómo era posible que los Derwent hubiesen emprendido un viaje hacia un destino tan absurdo, en el sudeste de los Estados Unidos?), vi lo que señalaba el dedo de Bill.

La *isla* Georgia del Sur. Yo apenas si sabía que existía, pero era una solitaria mota de

tierra, bien al sur del Océano Atlántico.

Bill, por supuesto, sabía bastante del lugar. No era la primera vez que yo comprobaba

esta rareza: la gente que vive al *sur* del ecuador parece saber mucho más de la geografía de su hemisferio que lo que nosotros sabemos del nuestro. La explicación de Bill es que en el sur hay mucha menos tierra que estudiar, lo cual es cierto pero no completamente convincente.

No importaba, sin embargo, porque en un lapso de cuarenta y ocho horas yo también llegué a saber todo lo que había que saber de la Georgia del Sur. No era mucho. El Cáliz Sagrado que Bill y yo habíamos estado buscando tanto era una isla desolada, de unos ciento sesenta kilómetros de largo y treinta y dos kilómetros de ancho. Las montañas más altas eran sustanciales, elevándose a casi tres mil metros, y caían al mar formando un espantoso caos de rocas y glaciares. No sería justo decir que el interior de la isla no tenía nada de interés, porque nunca nadie se había molestado en explorarlo.

Georgia del Sur había disfrutado de un breve momento de gloria hacia el final del siglo pasado, cuando se había utilizado como base para los balleneros antárticos, pero incluso en aquel momento la única zona habitada era la costa. En 1916, Shackleton y un puñado de hombres habían conseguido cruzar, desesperada pero exitosamente, las montañas de la isla, en busca de ayuda para el resto de su expedición transantártica, que había quedado varada. La siguiente travesía por el interior había sido recién en 1955, por parte de un equipo de reconocimiento británico.

Así terminaba la historia de la isla Georgia del Sur. La industria ballenera había sido su

única industria. Al declinar ésta, habían languidecido y muerto los pueblos de Husvik y Grytviken. La isla había vuelto a representar su papel anterior: el de un puesto de avanzada alejado de toda civilización.

Ninguno de estos datos, sin embargo, fueron el motivo del conmocionado "¡Dios mío!" lanzado por Bill Rigley cuando su dedo cayó sobre la Georgia del Sur. Estaba azorado por la *ubicación* de la isla. Está en el Océano Atlántico, a 54 grados sur. Está a nueve mil seiscientos kilómetros de Nueva Zelanda, o de la base de invierno de los Heteromorfos en la Isla Macquarie.

Y no son nueve mil seiscientos kilómetros cualesquiera, de vientos leves y de rutas comerciales fáciles.

—Mira la decisión que tuvo que tomar Derwent —dijo Bill—. Podía ir hacia el oeste, por el sur de Africa y el Cabo de Buena Esperanza. Ese es el camino más largo, catorce o quince mil kilómetros, navegando constantemente en contra de los vientos predominantes. O bien podía ir hacia el este. Por allí es más corto, tal vez nueve mil quinientos kilómetros, y casi todo el tiempo con viento a favor. Pero tendría que cruzar el Pacífico Sur, y luego el Pasaje de Drake, entre el Cabo de Hornos y la Península Antártica.

Sus palabras significaron más para mí después de que hube leído un poco. Los mares del sur no causan escalofríos hoy, pero hace cien años eran una leyenda entre los marinos: una región de crueles tormentas, olas monstruosas y vientos mortales. Es aún peor en el Pasaje de Drake, pero Luke Derwent había escogido esa ruta, la oriental. Era la más rápida... y él era un hombre al que se le estaba acabando el tiempo.

Mientras yo leía, Bill planificaba el viaje.

¿Ibamos a ir a Georgia del Sur? Por supuesto que sí, aunque todos los procesos racionales de mi cerebro me decían, con más fuerza que nunca, que no encontraríamos nada allí. Luke y Louisa Derwent jamás habían llegado a la isla. Habían muerto, igual que muchos otros, en el intento de atravesar ese terrible pasaje al sur del Cabo de Hornos.

Seguramente, no había nada que encontrar. Lo sabíamos. Pero aún así, gastamos todos nuestros ahorros y Bill terminó de delinear el plan de viaje. Volaríamos a Buenos Aires y luego a las Islas Malvinas. Después, los últimos

mil trescientos kilómetros hasta Georgia del Sur, en barco, llevando una pequeña aeronave de reconocimiento biplaza, cuyo montaje final debía hacerse una vez en la isla.

Ya conocíamos el terreno de Georgia del Sur tan bien como era posible. Encargué un par de imágenes de la isla tomadas por el satélite SPOT: buenas fotos, libres de nubes, con una resolución de diez metros. Las estudié una y otra vez, marcando las anomalías que queríamos investigar.

Bill hizo lo mismo. Pero en ese punto, extrañamente, nuestras agendas individuales tomaron caminos divergentes. Su objetivo era la Máquina Analítica, que había dominado su vida durante los últimos meses. Había anotado la secuencia completa de los acontecimientos que lo habían llevado a sus descubrimientos en Nueva Zelanda y de nuestras actividades posteriores. Escribió una descripción de la ubicación y naturaleza de todos los elementos descubiertos en la Casa Chica. Envío copias fechadas, firmadas y selladas de todo a la biblioteca de su Universidad, al Museo Británico, a la Biblioteca del Congreso y a la Colección Reed de libros y manuscritos raros de la Biblioteca Pública de Dunedin. El descubrimiento de la Máquina Analítica —o de cualquier parte de la misma— en algún lugar de la isla Georgia del Sur convalidaría y tornaría innegable todo lo que estaba registrado por escrito.

¿Y yo? Quería hallar evidencias de la Máquina Analítica de Louisa Derwent, y mucho más de los Heteromorfos. Pero más allá de eso, mis pensamientos volvían una y otra vez a Luke Derwent y su búsqueda del "gran quizás".

Le había dicho a Louisa que emprenderían el viaje para llevar el Cristianismo a la gente de amor frío, pero yo sabía la verdad. En lo profundo de su corazón, Luke tenía otro motivo más egoísta. La conversión de los Heteromorfos le importaba menos que el poder acceder a sus enormes poderes médicos. ¿Por qué otra cosa iba a llevar consigo, con fines de intercambio, la fantástica máquina de Louisa, la "maravilla de esta era y de

todas las eras", una ruidosa computadora mecánica, y mostrársela a seres que poseían máquinas pequeñas y lo bastante poderosas como para servir de traductor portátiles?

Yo entendía completamente al Luke Derwent de esos últimos días, antes de hacerse a la mar con rumbo al oriente. El amor de su vida se estaba muriendo y él estaba desesperado. ¿Habiendo una posibilidad de salvarla, no se arriesgaría a morir en el violento océano del sur? ¿No se sacrificaría él, sacrificando también a toda la tripulación y a su propia alma inmortal, por una probabilidad en mil de restaurar su salud? ¿Alguien aceptaría arriesgarse así?

Puedo responder a esa pregunta. Cualquiera aceptaría el riesgo y se consideraría un elegido de los dioses por poder disponer de esa oportunidad..

Quiero encontrar la Máquina Analítica en Georgia del Sur, y quiero encontrar a los Heteromorfos. Pero más que esas dos cosas, quiero encontrar evidencias de que Luke Derwent *tuvo éxito* en su temeraria apuesta final.

Quiero descubrir que triunfó sobre los factores en contra. Quiero encontrar a Louisa Derwent, congelada pero viva, en los quietos glaciares de la isla, a la espera su propia resurrección y de la recuperación de su salud.

Tengo la oportunidad de poner a prueba la benevolencia de la realidad. Porque dentro de sólo dos días, Bill y yo nos vamos al sur en busca de nuestra evidencia, de nuestro propio "gran quizás". Entonces lo sabré.

Pero ahora, a último momento, cuando ya estamos preparados, los acontecimientos han tomado un giro más complejo. Y no puedo asegurar si lo que está sucediendo nos será de ayuda o nos resultará un obstáculo.

En Christchurch, Bill se preocupaba por lo que yo le diría a la gente cuando empezáramos a buscar asistencia en los Estados Unidos. Yo le dije que les contaría lo menos posible, y cumplí mi palabra. A nadie le conté más que una pequeña parte de la historia completa y los grupos de trabajo principales estaban separados por un continente.

Pero estábamos tratando con algunas de las personas más inteligentes del mundo. Y hoy en día la distancia física no significa nada. La gente se la pasa hablando constantemente a través de redes de computadoras. En algún lugar de las remolineantes

profundidades de la red GENie, o a través de la telaraña invisible de alguna Red Etérea, se realizó una comunicación crucial. Y luego comenzaron los inevitables rumores.

Bill se enteró de esto casi por accidente, mientras conversaba con un agente de viajes sobre los vuelos a Buenos Aires. Desde entonces, yo he efectuado un seguimiento sistemático.

No somos los únicos que viajaremos a la isla Georgia del Sur. Sé de por lo menos otros

tres grupos, y apuesto a que debe haber más.

Parece que la mitad del laboratorio de Inteligencia Analítica del MIT está volando hacia el sur. También una fracción sustancial del Departamento de Computación de Stanford, con agregados de Lawrence Berkeley y Lawrence Livermore. Y del sur de California, como era de prever, viene un grupo muy activo que centra sus actividades en Los Angeles. Niven, Pournelle, Forward, Benford y Brin se han vuelto imposibles de localizar. Una cantidad de miembros estables del JPL han desaparecido misteriosamente. Ciertos científicos y escritores de todo el país no contestan las llamadas telefónicas.

¿Qué es lo que están haciendo? No es difícil adivinarlo. Estamos hablando de individuos que poseen una curiosidad infinita y que tienen grandes sumas de dinero a su disposición. Conociendo cuál es su estilo, no me sorprendería que restauraran el *Queen Mary* en Long Beach y que partieran en él hacia el sur.

Sólo que ellos, como todos los demás, estarán apurados, y por lo tanto irán en avión. Nadie quiere perderse la fiesta. Esta es la misma gente, recuerden, que no vaciló en tomar un avión a Pasadena para ver en directo los acercamientos del *Voyager* a los planetas exteriores, o a Hawaii y Méjico para ver un eclipse total de sol. ¿Pueden imaginárselos perdiendo la oportunidad de estar presentes en el descubrimiento del siglo, de cualquier siglo? No sólo de *ser testigos* de él, sino tal vez de ser parte del mismísimo proceso del descubrimiento. Convergerán en Georgia del Sur por docenas, por veintenas, por centenares, con sus poderosas computadoras portátiles y sus terminales GPS y sus aviones privados y sus avanzados equipos de detección.

La lógica debe decirles, como me dice a mí, que no encontraremos absolutamente nada. Luke y Louisa Derwent están muertos desde hace un siglo, en lo profundo de las heladas aguas del Pasaje de Drake. Con ellos, si es que existió alguna vez, yacen los oxidados restos de la Máquina Analítica de Louisa. Los Heteromorfos, si es que alguna vez estuvieron en la isla Georgia del Sur, se han marchado hace mucho.

Ya sé todo eso. Y Bill también. Pero se gane o se pierda, Bill y yo vamos a ir. Y también todos los demás.

Y se gane o se pierda, sé otra cosa. Cuando nosotros y nuestra horda convergente, enérgica, curiosa, ingeniosa y simpática hayamos terminado, Georgia del Sur nunca volverá a ser la misma.

Esto está dedicado a Garry Tee ...que es profesor de computación en la Universidad de Auckland; ...que es matemático, especialista en computación e historiador de la ciencia; ...que descubrió partes de la Máquina de Diferencias de Babbage en Dunedin, Nueva Zelanda; ...que programó la computadora DEUCE a fines de los '50 y que es mi colega y amigo desde entonces; ...que es Bill Rigley tanto como yo soy el narrador de esta historia.

Charles Sheffield

31 de diciembre de 1991